

SAN JOSE, COSTA RICA

10 de Marzo de 1913

Año III



Nos. 53-54

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCÓ, Editor

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

SUMARIO

Una carta.....	<i>Pedro Kropotkin</i>
De la libertad de enseñanza.	<i>Emilio Faguet</i>
La verdad en su lugar.....	<i>Lorenzo Portet</i>
La violencia.....	<i>Miguel Petit</i>
Solitario.....	<i>Carlos del Barzo</i>
Notas y recibos.....	<i>La Dirección</i>

40 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA
Imprenta Alsina

Acusando recibo

La Mala vida en Barcelona (Anormalidad, Miseria y Vicio), por el profesor MAX-BEMBO.

A raíz de las conferencias dadas en el Ateneo Enciclopédico Popular, anunció la Casa Editorial Maucci, de Barcelona, la publicación de la obra cuyo título encabeza estas líneas y que acabamos de recibir.

Es *La Mala Vida en Barcelona*, la primera serie de los estudios de pedagogía criminal que inicia en España el profesor Max-Bembo y que han de llamar la atención general. Divídese la obra en tres partes: la primera se refiere a la anormalidad comprendiendo el uranismo, el safismo, el bisexualismo y la inversión en los animales; la segunda se refiere a la miseria y comprende estudios concienzudos sobre los zingaros, la mendicidad, el alcoholismo, el juego, el suicidio, los niños mártires, los oficios que matan, los contrabandistas y los matuteros; la tercera se refiere al vicio, comprendiendo el arte crapuloso, el excitante sexual, la pornografía, la corrupción de menores, el peligro venéreo y la prostitución en general.

Lo que emocionará al lector es la fuerza de las doctrinas que se asientan; la pintura realista de las costumbres viciosas y corrompidas. Buceando en el vicio, es profundamente educativa, y nadie debe desdeñar leerla, pues es una descripción del medio ambiente del hampa barcelonesa.

Respecto a la inversión sexual, el estudio hecho de ella, es el primero profundamente científico, que se realiza en España, y puede competir con muchos de los publicados en el extranjero.

La Mala Vida en Barcelona, está ilustrada con una artística cubierta impresa en papel satinado, pintada por Romero Calvet; forma un libro en 4º, de 260 páginas, y su precio es el de \$ 0.50.—Adoptado.

El Naturalista, órgano de las ligas naturalistas de Cuba, consagrado a velar por la salud pública mediante la «Higiene natural».—Lema:

Hasta tanto la Humanidad no satis-

faga todas sus necesidades morales y materiales, no vivirá dentro de la higiene y será imposible su regeneración.

Director: doctor Luciano Soto, apartado 1282—Habana.

¡Lucha!, periódico escrito por trabajadores y para trabajadores. Se sostiene y reparte por solidaridad. Órgano de la «Biblioteca y Casa del Obrero». Lemas: *Debellare superbos. Aut vincere aut emori.*

Todos los hombres somos tiranos de los inferiores, siervos de los superiores y ninguno de nosotros alcanza su desarrollo normal. Contraria a la Naturaleza, a la Verdad y a la Ciencia, es la *Sociedad en que vivimos*.

Todos los hombres podremos alcanzar nuestro desarrollo normal dentro de una colectividad igualitaria, siendo cada uno el centro de ella. De acuerdo con la Naturaleza, con la Verdad y con la Ciencia, es la *Sociedad que queremos*.

Méjico, 4ª Matamoros 105.

CARTA DE KROPOTKINE a *Tierra y Libertad*, de Barcelona.

Estimados compañeros y amigos: Os agradezco de todo corazón vuestra amable carta. Vuestra suscripción para enviarme un regalo con motivo de mi aniversario me ha conmovido profundamente y os lo agradezco muy fraternalmente.

Pero me permitiréis, hermanos y amigos, sacar un doble placer del dinero (291 pesetas) que me enviáis. Esto se logrará remitiéndolo al fondo de socorros para los compañeros anarquistas rusos, el cual sirve para enviar pequeñas sumas a los compañeros desterrados en Siberia y otras partes. Yo tengo todo lo que me hace falta por el momento hasta para ir a cuidarme en el mediodía, mientras que ellos carecen de *todo*. Y el saber que lo que se les envía viene de los trabajadores españoles, les causará, estoy seguro, un inmenso placer.

De todo corazón, hermanos y amigos, estoy con vosotros en la causa de la Revolución Social.—P. KROPOTKINE.

Brighton, 16 de enero de 1913.

San José, Costa Rica

10 de Marzo de 1913

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Nos. 53-54

Honrosa distinción a nuestro editor

9 Chesham Str.

Brighton

10 Février 1913.

Cher Camarade,

Mille remerciements pour les bons souhaits que vous m'avez envoyés à l'occasion de mon 70^e anniversaire. Je ne saurais vous dire combien j'ai été touché par cette marque de sympathie puisée, je le sais, dans les inspirations d'une lutte commune contre les entraves imposées à la société par le Capital et l'Etat.

Il est beau de sentir que l'on appartient à une famille dont les membres sont disséminés sur tous les points du globe, et je vous en remercie de tout cœur.

A vous fraternellement

Pierre Kropotkine.

A Ricardo Falcó Mayor.

San José de Costa Rica.

(Traducción)

QUERIDO COMPAÑERO: — Mil gracias por sus buenos votos con motivo de mi 70º aniversario. No es fácil que yo diga a Ud. cuanto me ha afectado esta muestra de simpatía, que nace, lo sé, en las inspiraciones de una lucha común contra los obstáculos impuestos a la sociedad por el Capital y el Estado. — Hermoso es sentir que se pertenece a una familia cuyos miembros están diseminados por todos los puntos del globo. ¡Gracias de todo corazón! — De Ud., fraternalmente

PEDRO KROPOTKINE.

De la libertad de enseñanza en Francia¹

Nada hay absolutamente en la *Declaración* de 1789 ni en la *Declaración* de 1793 respecto a la libertad de enseñanza. De atenerse a estas dos declaraciones, la libertad de enseñanza no sería un derecho del hombre. Lo que sucedía es que los Revolucionarios estaban divididos sobre esta cuestión.

Digamos, desde luego, que ellos pudieron olvidarse de inscribir la libertad de enseñanza en su lista de derechos del hombre, porque naturalmente inscribían, sobre todo, los derechos desconocidos por el antiguo régimen; y bajo el antiguo régimen, la enseñanza era absolutamente libre. No se le hubiera venido a las mientes a un Luis XIV hacer de la enseñanza un asunto de Estado. El Estado creía, sin duda, que bastantes asuntos de Estado pesaban sobre sus hombros. La enseñanza bajo el antiguo régimen se daba, ya por las corporaciones, Jesuitas, Religiosos, etc., ya por maestros libres y aislados. La libertad de enseñanza no tenía más límites que los señalados a la libertad religiosa. Así, un pastor protestante no tenía libertad de enseñar porque no tenía libertad de predicar, porque no tenía libertad de ser. Es evidente que allí donde la libertad religiosa no existe, la libertad de enseñanza no puede ser completa, y por ésto, precisamente, es menester que la libertad de enseñanza y la libertad religiosa sean absolutas. Pero, en sí, la libertad de enseñanza bajo el antiguo régimen era plenamente reconocida; la enseñanza no era asunto de Estado, y de hecho se daba de la manera más libre, más variada, más autónoma, casi de la manera más individual que fuese posible. Pudiera suponerse que los Revolucionarios dejaron de inscribir por negligencia, en sus declaraciones, un derecho acerca del cual no había cuestión.

Pero, sobre todo, como acabo de decirlo, los Revolucionarios estaban di-

vididos sobre este asunto. Los unos, Robespierre, Saint-Just, Lepeletier de Saint-Fargeau y otros más oscuros, eran discípulos de Juan Jacobo Rousseau, es decir, partidarios puros del despotismo y amigos del despotismo, sobre todo en las cosas de conciencia, en las cosas del alma y del espíritu y por consiguiente en los casos de religión y de enseñanza, que es la manera más eclesiástica, esto es, la más espantosa de ejercer el despotismo. Para ellos pertenecer a los Papas o a Calvino, era exactamente la misma cosa.

Así Lepeletier de Saint-Fargeau redacta y Robespierre presenta a la Convención un proyecto de ley sobre enseñanza, inspirado en las ideas de Saint-Just, en que pedía que todos los niños de Francia fuesen educados juntos, cuidadosamente separados de sus padres, en casas nacionales, en donde permanecieran encerrados durante seis o siete años y serían educados por profesores nombrados por el Estado. Eran las escuelas-cuarteles de Napoleón I.

Pero es de notar que, entre tanto, la mayor parte de los Revolucionarios han sido liberales en esta cuestión. Mirabeau era liberal radical: «Si el Estado estuviese encargado de supervigilar (hay que fijarse: ¡supervigilar!) las escuelas públicas, la enseñanza estaría subordinada a sus miras, *las que no están siempre conformes con el interés del pueblo*. El cuerpo docente no dependerá, pues, del Estado... Se le puede dejar al interés de los maestros, a la emulación de los alumnos, a la supervigilancia de los padres, a la censura pública, salvo que se trate de ciencias especiales, como la medicina, la cirugía, la farmacia, en las que el legislador tiene que prever abusos criminales».

En una palabra, proclama la inde-

¹ Traducción de Rómulo E. Durón director de la *Revista de la Universidad*, Tegucigalpa, septiembre de 1909.

pendencia de enseñanza y no admite ni aun la supervigilancia del Estado; sólo reconoce el derecho de policía del Estado, ejercido aquí como en lo demás.

Talleyrand, sin ir tan lejos, hablaba exactamente en el mismo sentido: «Con tal que se sometan a las leyes generales sobre la enseñanza pública, todos los particulares serán libres para formar establecimientos de instrucción; la municipalidad deberá dar aviso de ello y publicar el reglamento».

Condorcet, en su informe a la Asamblea Legislativa, afirma que la libertad de enseñanza es «la consecuencia necesaria de los derechos de la familia y de los derechos de la verdad», la «sustrae a la acción de toda autoridad pública» y celebra los beneficios de la concurrencia que «estimula el celo de las instituciones oficiales» y de allí resulta «para las escuelas nacionales, la invencible necesidad de ser tenidas al mismo nivel que las instituciones privadas».

Daunou decía a la Convención: «Vosotros no debéis dirigir ningún ataque ni a la libertad de los establecimientos particulares de instrucción, ni a los derechos más sagrados aún de la educación doméstica».

Lakanal defendía en la tribuna de la Convención, el 26 de junio de 1793, los artículos 40 y 41 de un proyecto de ley redactado por el Comité de Instrucción Pública, bajo la presidencia de Sieyès. Estos artículos eran así: «Artículo 40: la ley no puede dirigir ningún ataque al derecho que tienen los ciudadanos de abrir cursos o escuelas particulares y libres sobre todas las partes que comprende la instrucción, y de dirigirlas como bien les parezca. Artículo 41: la nación acuerda recompensas a los institutores o profesores, tanto nacionales como libres».

Dantón rechazó el proyecto de Lepeletier de Saint-Fargeau y de Robespierre, y aceptando del todo la idea de las escuelas nacionales, reivindicaba para los padres de familia el derecho de no enviar a ellas a sus hijos, y gracias a él, quedó el artículo fundamen-

tal de la ley redactado y votado así: «La Convención Nacional declara que habrá establecimientos nacionales en donde los niños serán educados e instruidos en común, y que las familias que quieran conservar sus hijos en la casa paterna tendrán la facultad de enviarlos a recibir la instrucción pública en clases particulares instituidas a este efecto».

Grégoire decía a la Convención en su informe de 31 de agosto de 1795: «Robespierre quería arrebatarse a los padres, que han recibido su misión de la naturaleza, el derecho sagrado de educar a sus hijos. Lo que en Lepeletier no era más que un error, en Robespierre era un crimen. Bajo el pretexto de volvernos espartanos, quería hacer de nosotros ilotas».

En fin, y sobre todo, si la Convención no colocó la libertad de enseñanza en su *Declaración de los Derechos del hombre*, la inscribió formalmente en su constitución, en la Constitución del año III, votada el 22 de agosto de 1795. Artículo 300.—LOS CIUDADANOS TIENEN EL DERECHO DE FORMAR ESTABLECIMIENTOS PARTICULARES DE EDUCACIÓN Y DE INSTRUCCIÓN, LO MISMO QUE SOCIEDADES LIBRES PARA CONCURRIR AL PROGRESO DE LAS CIENCIAS, DE LAS LETRAS Y DE LAS ARTES».

Se ve que en todo esto hay tres concepciones diferentes. La primera, absolutista: el Estado da la instrucción: la da él solo: el derecho de los padres para educar a sus hijos no existe. La segunda liberal: el Estado no da la instrucción: los padres tienen el derecho de educar a sus hijos: ellos los educan o los hacen educar por quien quieren. La tercera, mixta: el Estado da la instrucción: otros pueden darla también: los padres tienen libertad de escoger.

Pasa exactamente lo mismo que en asuntos religiosos: 1º clero del Estado y ningún otro clero; 2º nada de clero del Estado: clero libre en tanto que pueda formarse; 3º clero del Estado y también clero libre.

Son partidarios de la enseñanza del

Estado solo Robespierre, Saint-Just, Lepeletier de Saint-Fargeau, Napoleón I. Son partidarios de la enseñanza libre Mirabeau, Talleyrand, etc. Son partidarios de la enseñanza del Estado, en concurrencia libre de la enseñanza libre, Condorcet, Dantón y la gran mayoría de los Revolucionarios, y la Constitución del año III.

Nótese que entre la segunda concepción y la tercera hay infinitamente menos de diferencia que entre la primera y las dos restantes. La segunda y la tercera *reconocen el derecho*, dejan a los padres de familia la libertad de hacer educar a sus hijos a su gusto, ya que la tercera les permite *escoger* entre la enseñanza del Estado y la enseñanza libre. Solamente la primera es despótica.

La diferencia entre la segunda y la tercera es que la segunda, suprimiendo al Estado como profesor, no sólo deja a los ciudadanos absolutamente libres, sino que no los convida, no los incita siquiera, por una recompensa, sea de economía, sea de favores, sea de aprobación o de protección gubernamental, a poner a los niños en los establecimientos del Estado, puesto que no los hay.

La tercera, liberal todavía, por lo demás, pues que reconoce el derecho y lo deja en pie, usa de un procedimiento singular. Permite a los padres de familia que confíen sus hijos a otros que no son el Estado; pero a los que obran así, les señala *un impuesto*. En efecto, como ciudadanos, como contribuyentes, los padres de familia pagarán los profesores del Estado y, además, como padres de familia, confiando sus hijos a Mr. X..., pagarán a Mr. X. Pagarán dos veces. Es lo mismo que si de París a Burdeos hubiese dos líneas de ferrocarril, la una por Chartres y la otra por Orleans, explotadas por Compañías diferentes y que yo tuviese el derecho de irme a Burdeos por Orleans, pero a condición de pagar mi puesto a la Compañía de Orleans y también a la Compañía de Chartres. En este caso la Compañía de Chartres no haría otra cosa que cobrarme un impues-

to sin ninguna especie de derecho ni de razón. Más que un impuesto, porque un impuesto no es más que una remuneración dada al Estado por un servicio que presta, y en el caso indicado la Compañía de Chartres no me presta ninguno. Lo que de mí perciba no será, pues, un impuesto sino un tributo como el que un vencedor impone al vencido. Esto es exactamente lo que hace el Estado al hacer pagar sus profesores por gentes que tienen otros. Equivale a una contribución de guerra. Es esto un poco bárbaro.

Este es sin embargo el régimen *más liberal* que han admitido en Francia¹ los gobiernos del siglo XIX y del siglo XX hasta hoy. Después de todo, como lo he dicho, reconoce el derecho. Reconoce el derecho, censurándolo; reconoce el derecho, combatiéndolo; reconoce el derecho, haciéndolo comprar; reconoce el derecho, pero hace pagar «un derecho»; reconoce la libertad, pero hace pagar la multa.

Esto es demasiado liberal para la mayor parte de los «republicanos del gobierno», es decir, los republicanos del despotismo. Ellos quieren llegar a esta conclusión: que sólo el Estado imparta la instrucción. Sus razones son las siguientes:

No conviene que haya dos Francias, no conviene que haya dos países: es preciso «mantener la unidad moral del país». El Estado solo, dando a los niños las ideas del señor Ministro de Instrucción Pública, con exclusión de toda otra persona, mantendrá la unidad moral del país.

Es el razonamiento de Luis XIV desde la Revocación del Edicto de Nantes; y la historia es de tal manera una constante vuelta a empezar, con cambio de rótulos, que en el momento en que escribo hay dragonadas republicanas en la Bretaña.

Es el razonamiento del Gobierno del 24 de mayo de 1873. Pretendía que, a la verdad, el orden material no estaba perturbado en manera alguna, pero que «el orden moral» se hallaba

¹ Y en Costa Rica.—L. D.

en un estado deplorable y que correspondía al gobierno restablecerlo. Es una idea extraña que un gobierno moderno se considere como persona moral, como gobierno de moralidad, como gobierno de almas y espíritus, como soberano pontífice, como papa. Esta idea eclesiástica que Comte denominó un residuo teológico y que realmente no es otra cosa, se puede reducir a esta afirmación extravagante: «Estoy nombrado por los católicos, los protestantes, los judíos, los libre-pensadores, los idealistas, los materialistas, los ateos y los escépticos. Me nombraron para mantener el orden en el interior y la seguridad en el exterior. Y *bien estuvo* que no me nombrasen más que para esto, ya que sólo sobre esto están de acuerdo; pues si se tratara de otra cosa, no constituirían un solo gobierno, sino que constituirían veinte. Yo estoy, pues, nombrado por los católicos, los protestantes, los judíos, los libre-pensadores, los idealistas, los materialistas, los ateos y los escépticos, que no me han nombrado más que para mantener el orden en el interior y la seguridad en el exterior. En consecuencia, yo consagraré la mejor parte de mi fuerza a imponer a la nación las ideas filosóficas del señor Ministro de Instrucción Pública».

Si esto no es un sofisma voluntario, será una aberración.

La palabra de un espiritual escritor hace resaltar deliciosamente esta exorbitante pretensión. Paul Hervieu, contestando a un *referendum* sobre la cuestión del monopolio de la enseñanza, escribía irónicamente, o en serio, que de esto no sé nada, pero precisamente poniendo muy bien el dedo sobre el punto esencial y fijando debidamente la cuestión, que es lo único que importa al que razona: «Pienso que el Estado, que determina nuestra filiación, que impone el servicio militar, que fija las obligaciones del matrimonio, que no da por válida nuestra muerte sino según sus reglas, que nos ha sujetado a todas las leyes civiles, fiscales, comerciales, etc., pienso que este Estado no violaría más la

libertad individual enseñándonos a vivir de acuerdo con él y de acuerdo nosotros, unos con otros».

Muy bien; y que esta consulta haya sido dada como parodia de los razonamientos de los absolutistas, para burlarse de ellos, o seriamente, para apoyararlos, es exactamente la manera de argumentar de los absolutistas. Ellos nos dicen: «Para las necesidades de la policía, de la defensa, de la justicia, de la permanencia material de la sociedad, sufriréis mil molestias. Un poco más o menos ¿qué os hace? Sufriréis otras mil que no interesarán en nada ni a la policía, ni a la defensa, ni a la justicia, ni a la permanencia material de la sociedad.

—Pero entonces ¿por qué?

—Para darnos gusto. Para vivir de acuerdo con nosotros. Para que seamos demócratas cuando seáis aristócratas, materialistas cuando seáis espiritualistas, protestantes cuando seáis católicos, ateos cuando seáis deístas. ¿Os parece esto excesivo? ¡Pero bien os sometéis al servicio militar!»

Los absolutistas tienen otras razones. Al reclamar para el gobierno el monopolio de la enseñanza, pretenden defender, asegurar y salvar *la libertad misma*. Razonan así: «Nosotros, nosotros solos, poseemos la libertad y los métodos de libertar el alma humana. Todos los demás, nacidos *o por nacer*, no pueden menos que avasallar los espíritus y mantenerlos en la esclavitud. Luego son los derechos de la libertad los que reclamamos y reivindicamos. No nos apoderamos de los espíritus y no impedimos que otros se apoderen de ellos sino para libertarlos. Así pues la libertad está entre nosotros, está en nosotros. La libertad somos nosotros. Por consiguiente, cuando establecemos nuestro despotismo espiritual, es la libertad misma la que establecemos».¹

He aquí la explicación de esta frase de Anatole France: «Nosotros reclamamos la libertad verdadera, *la que no admite libertad contra ella*».

¹ Razonamiento de nuestros liberales de 1886 para acá. Véanse documentos relativos a la CLAUSURA de la Universidad de Costa Rica y búsquense los demagogos.—L. D.

Es como la expresión de Ferdinand Buisson en una *interview* y que confirmó después, desarrollándola: «¡Me habláis de libertad! Lo que veo es esto: la libertad para el hombre libre. Nada de libertad para el hombre que no la quiere, sacerdote o religioso, que ha jurado no creer ni pensar sino en obediencia a otro».

Esto es un papismo de otro género que el precedente, pero es un papismo caracterizado. Es la infalibilidad. Es el hecho de proclamar que uno tiene en sí la verdad, toda la verdad, la única verdad y que ninguna otra persona puede tenerla.

«No tal, quieren responderme los absolutistas. Hacéis una confusión grave y acaso gratuita. No se trata de verdad sino de libertad. No pretendemos tener en nosotros la verdad, como lo hacen los católicos, como lo hacen los inquisidores; pretendemos tener en nosotros la libertad, el espíritu de la libertad, el espíritu de libertar y los métodos de libertar los espíritus y las almas. No imponemos un dogma; conducimos los espíritus al estado de perfecta libertad, en el que podrán escoger o forjarse por sí mismos el dogma que quieran. Y desde entonces decimos: sólo nosotros tenemos, a nombre de la libertad misma, el derecho de rehusar la libertad de enseñar a todos los que enseñan inspirados por otro espíritu, a todos los que rechazan la libertad de pensar, a todos los que tienen precisamente por dogma esencial la idea de que no hay que pensar libremente. Y así la libertad verdadera no reconoce libertad contra ella».

Responderé que esto es una simple trasposición y que no está en verdad más que en las palabras. El despotismo que los católicos pretendían ejercer a nombre de la verdad, vosotros pretendéis ejercerlo a nombre de la libertad; y en el fondo es exactamente la misma cosa. Hay que saber un poco qué es lo que hay en el fondo de la palabra libertad, que empleáis. Enseñaréis bien alguna cosa ¿no es así? No os señalaréis límites absolutamente, porque diréis: «¡Buscad! ¡buscad en

plena libertad de espíritu!» ¿no es esto? En tal caso, yo reconocería que vuestro razonamiento se mantendría en pie. Vosotros enseñaréis alguna cosa, o sea una de las tres cosas, pues no veo, buscando bien, una cuarta.

19 Sin imponer jamás ninguna doctrina, daréis métodos para la investigación de la verdad. Pero aun estos métodos estarán penetrados de cierto espíritu que no será una doctrina, está bien, pero que será una enseñanza, un modo de manejar y de dirigir el espíritu. Pero esto es ya una realidad; esto es ya una cosa muy real, muy importante, muy esencial, y pretendéis tener el monopolio de ella, y pretendéis que ningún otro tiene el derecho de manejar y de dirigir las inteligencias con otros métodos penetrados de otro espíritu! Veis bien que ya tenéis allí inteligencias embargadas, y los demás están en interdicción de poner la mano en ellas. Veis bien que, bajo pretexto de libertad, hacéis exactamente lo que hacían los católicos cuando pretendían imponer su verdad.

—Nosotros no imponemos nuestra verdad.

—Oh! En todo caso vosotros os imponéis, y esto es mucho y, bien lo sabéis, esto es el todo.

20 O bien, sin imponer jamás ninguna doctrina, enseñaréis la libertad de pensar y, naturalmente, defenderéis, preconizaréis, exaltaréis la libertad de pensar.

—Ciertamente!

—Qué quiere decir esto? Quiere decir que atacaréis a los que sean de opinión distinta. No conozco otro medio de probar que tengo razón que el de probar que quien dice lo contrario de lo que digo está equivocado. Atacaréis, pues, continuamente al catolicismo, y generalmente a todos los que no creen que la razón baste a todo y recurran a la fe, entre los cuales hay protestantes, judíos y filósofos. De suerte que, en nombre de la libertad, atacaréis diariamente a gentes a quienes habréis prohibido, a nombre de la libertad, decir una palabra y enseñar

algo, sea lo que fuere. Veis bien que hacéis exactamente lo mismo que hacían los católicos al enseñar su verdad y en poner a otros en interdicción de demostrar que ellos podían tener una.

3º O bien todavía, y esto será lo más frecuente: el libre-pensamiento en vuestras manos será lo que es: *será una doctrina*. Será un sistema de ideas para dar una explicación del hombre y del mundo. Será Cartesiano, Kantismo, Comtismo o Spence-rismo, todo un dogma como cualquiera otro, fundado sobre la investigación libre, pero confinante con una afirmación, apenas suavizada por el: «Por lo demás, a vuestro turno, investigad vosotros mismos». Será una enseñanza propiamente dicha; será un dogma libremente propuesto, pero un dogma; será una religión libre, como la religión protestante, por ejemplo, pero será perfectamente una religión. Y enseñaréis esta religión después de haber prohibido a los demás que os enseñen otra. Y tendréis la hipocresía o la demencia de enseñar una religión que se llamará libre, pero que habrá tomado la precaución de hacer que el Estado, de hacer que el tirano ponga en entredicho la enseñanza de cualquiera otra religión! No creo que se pudiese ser más católico de la Edad Media que eso. Y todavía los católicos de la Edad Media tenían la sinceridad de no hablar de libertad.

¿Quién no ve que, como diría la gente sencilla, y al efecto aquí la palabra está en el sentido de la rectitud natural de juicio, porque es del buen sentido vulgar del que uno se burla; quien no ve que una enseñanza es siempre una enseñanza, que en cualquier sesgo que se presente, y sea cualquiera el nombre especial de que se cubra, es siempre una influencia directa de un espíritu sobre otros espíritus y una penetración de cierto número de espíritus por el espíritu que los gobierna; que, por consiguiente, cualquier carácter que pretendáis guardar o conservar a vuestra enseñanza, si vosotros enseñáis solos, vosotros lo poseeréis solos; y que este monopolio

de posesión, aunque fastuosa o sinceramente, acaso, le deis el título de libertad, es una tiranía absoluta?

He aquí las ideas y he aquí las pretensiones de los absolutistas en materia de enseñanza. Son exactamente las de los *católicos vuellos*,¹ y, por lo demás, el temperamento francés es de tal modo católico que yo casi no veo en Francia absolutamente más que católicos al derecho o católicos al revés.

Los procedimientos mismos, y esto es bien natural, porque el número de procedimientos no es ilimitado y nos conviene renovar los que en otra ocasión sirvieron a nuestros adversarios cuando tenemos exactamente el espíritu que en otra ocasión tuvieron nuestros adversarios; los procedimientos mismos, empleados o propuestos por los absolutistas, son exactamente los de los católicos de otras veces. Los católicos de otras veces exigían de ciertos funcionarios un billete de confesión para saber si eran buenos católicos. «Ah! el billete que lleva La Chatre!» Los absolutistas de hoy, cuando no van hasta querer sencillamente que sólo los profesores del Estado enseñen, piensan así: «Nosotros prohibiremos la enseñanza a todo sacerdote o religioso. Esto no tiene duda. Esto es: *la libertad solamente para el hombre libre*. Pero bien podría suceder que esto no sirviese más que para quedar sin efecto, y que algún laico, proponiéndose enseñar, profesara absolutamente las mismas ideas que el R. P. Tournemine o el caro hermano Archangias...»

Evidentemente, y esto demuestra que es imposible al despotismo hacer su obra. En tanto que no se prohíba la enseñanza a toda persona que no sea por lo menos protestante... me equivoco, pues prohibir la enseñanza no bastaría en lo absoluto, porque podrían siempre darla subrepticamente... en tanto que no se haya deportado o desterrado a todos los franceses que no sean por lo menos protestan-

¹ Y que al cabo de unos cuantos años pueden volverse segunda vez y seguir así dando vueltas.—L. D.

tes, nada se habrá hecho absolutamente por la «unidad moral» de la Francia... El razonamiento de los absolutistas continúa:

«...Bien podría ser que un laico que se propusiera enseñar fuera también más jesuita que el jesuita más jesuita del mundo. Qué hacer contra él? Se le exigiría un billete de confesión. Fuera de sus exámenes de *capacidad* pedagógica, se le haría sufrir un examen «de aptitud pedagógica». Por este examen se asegura uno de «si sus tendencias están en armonía con el carácter laico, republicano y democrático de la sociedad moderna» y si es apto para dar una educación «racional, crítica y social». He aquí el proyecto elaborado por la *Sociedad Condorcet*, fundada por eminentes profesores de la Universidad francesa.

—Sois cristiano!

—Sí, lo soy.

—Qué quiere decir cristiano?

Este es el examen para la primera comunión.

—Sois laico?

—Sí, lo soy.

—Qué quiere decir laico?

—Hombre que no es religioso y que no tiene ideas religiosas.

—Sois republicano?

—Sí, lo soy.

—Qué quiere decir republicano?

—Hombre que tiene horror a los monarquistas, a los bonapartistas, a los republicanos plebiscitarios y a los republicanos liberales?

—Tenéis ese horror?

—Lo tengo.

—Sois demócrata?

—Lo soy.

—Qué es un demócrata?

—Un hombre que quiere establecer la igualdad absoluta entre los hombres.

—Queréis establecer esta igualdad?

—Quiero establecerla.

—Qué es una educación racional?

—Es una educación que no se funda más que en la razón y que elimina la fe.

—Queréis dar esta educación?

—Quiero darla.

—Qué es una educación crítica?

—Es una educación que examina libremente todas las cosas que enseña.

—Queréis dar esta educación?

—Quiero darla.

—Qué es una educación social?

—Yo... yo no sé más»...

Este candidato, a pesar de algunas lagunas, es admitido con indulgencia por el jurado.¹

Este es el examen de aptitud pedagógica según el proyecto de ley de la *Sociedad Condorcet*. Jamás los católicos han exigido billete de confesión más detallado.

Yo voy más lejos. El billete de confesión es neto, preciso, palpable, material. Uno se ha confesado. Consta. Esto es todo. Uno está en regla. El examen de tendencias, como el proceso de tendencias, permite condenar lo que uno quiere. Sólo cuando se trate de un perfecto bachiller o licenciado, irreprochable como moralidad, servirá, luego que se husmee al clerical, para acosarlo vivamente, en el curso del examen y rechazarlo, sea por respuestas contrarias al espíritu republicano o por respuestas demasiado precisas y demasiado evidentemente aprendidas de memoria, siu que se piense conforme a ellas, o por respuestas negligentes que indiquen el solo deseo de desembarazarse de esta molestia, o por respuestas demasiado ardientes en que la ironía se hará traición; porque, en los cuatro casos, nuestro hombre no será evidentemente apto para dar la educación racional, crítica, laica, democrática y social.

Todo esto vuelve a decir lo que los absolutistas dicen bajo todas las formas, aun cuando pretenden decir otra cosa: «Nosotros no queremos para la enseñanza más que gentes que piensen como nosotros y que no hagan más que repetir palabra por palabra las fórmulas que el señor Ministro de Instrucción Pública les comunique. Del mismo modo que no queremos más que una religión del Estado, es decir, un clero domesticado entre las

¹ En Costa Rica, actualmente, son otras las tendencias y otro el correspondiente cuestionario para el examen de aptitud pedagógica.—L. D.

manos del gobierno, del mismo modo no queremos más que una enseñanza del Estado y todas las demás, sean cuales fueren, están proscritas». Es claro que dos siglos después de Luis XIV se tenía derecho,—oigo a los cándidos que creen que los hombres cambian,—de esperar otra cosa, y que esta concepción de la sociedad moderna es furiosamente reaccionaria.

Ella sorprende a los espíritus rectos y a los que tienen el candor de creer en el progreso. Es así como escribía Gabriel Monod en el mes de julio de 1902: «Los que, como yo, son partidarios de una libertad absoluta de asociación y, al mismo tiempo, de la separación de la Iglesia y el Estado... están asustados y afligidos de ver a los anticlericales de hoy manifestar respecto a la Iglesia Católica sentimientos y doctrinas idénticos a los que los católicos manifestaban no hace mucho tiempo respecto a los protestantes y herejes de todo orden. Se lee hoy en ciertos diarios que no es posible dejar a la Iglesia Católica continuar educando a la juventud francesa en el error; yo mismo he leído «que no es posible admitir la libertad del error». ¡Como si la libertad del error no fuese la esencia misma de la libertad! Y decir que los que escriben tales frases protestan contra el *Syllabus*, copiándolo del todo (*literalmente*). ¿Estamos condenados a oscilar perpetuamente entre dos intolerancias, y el grito de «¡Viva la libertad!» no será nunca más que el grito de las oposiciones perseguidas, en lugar de ser la divisa de las mayorías triunfantes?»

—No se puede dudar en manera alguna, querido señor; y no veo a ningún gobierno gritar: «¡Viva la libertad!» lo que no puede tener para él otro sentido que el de «¡Viva la oposición!»—a menos, como creo que lo demostraré adelante, que sea muy inteligente; pero esto es una hipótesis en la que no es preciso detenerse. ¿HABÉIS NOTADO QUE LOS HOMBRES MÁS INTELIGENTES, UNA VEZ QUE HAN ALCANZADO EL ÉXITO, NO SON YA TAN INTELIGENTES?

Este gran principio: mantener la unidad moral del país, que es, por lo demás, la divisa de grandes Estados como el Imperio ruso y el Imperio otomano, no se aplica, por otra parte, sólo a la enseñanza pública. Se aplica y debe aplicarse y no se puede evitar que se aplique a la religión, como hemos visto ya, y un gobierno no puede tolerar, más que Luis XIV, que haya sobre la superficie del territorio tres religiones, además de una anti-religión, más una indiferencia en materia de religión, lo que hace cinco partes espirituales; y entonces ¿en dónde está la unidad moral?

Este principio se aplica y debe aplicarse y no se puede evitar que se aplique a la libertad de la prensa. Digo que no se puede evitar que se aplique, para que se vean las contradicciones y las dificultades materiales. Este colegial que educáis en vuestras ideas, este colegial a quien dais una educación laica, republicana, democrática, racional, crítica y social, este colegial sale, va a la casa de su padre y allí encuentra diarios que no son nada de todo eso. He aquí un alma envenenada, un joven espíritu pervertido, un joven levita contaminado.

¿No le dejaremos salir?

—Creo que haríais bien. No conviene dejarle salir del seminario. Pero, a los diez y ocho años, desde el día en que haya pasado su bachillerato laico, republicano, democrático, racional, crítico y social, lo veréis lanzado en un país en que la prensa es libre y en que los diarios, los folletos y los libros atacarán libre y agriamente todo lo que le hayáis enseñado a venerar y a querer. ¿No teméis que se os escape?

—¡Oh! ¡le habremos dejado tal huella!...

—SÍ, LOS JESUITAS SE LISONJEAN SIEMPRE DE HABER DEJADO EN SUS ALUMNOS UNA HUELLA INDELEBLE. SÓLO QUE FRECUENTEMENTE SE EQUIVOCAN. ¡Y ojalá que no hubiera más que el terrible daño de esta transición brusca, de la luz pura que vosotros derramáis a la región mezclada de luces y de sombras a donde, a los diez

y ocho años, va a ser lanzado vuestro catecúmeno! Bien sabéis que el primer cuidado de un joven emancipado es el de leer precisamente todos los libros que se le han prohibido en el colegio. Vosotros os habéis encargado de las almas; vosotros sois guardianes de la unidad moral del país. Si mantenéis cuidadosamente esta unidad moral en el colegio y, de otra parte, la dejáis romperse, arruinarse y destruirse por la libertad del pensamiento, de la palabra y de la prensa, no habréis hecho nada o habréis hecho poca cosa y habréis hecho traición a vuestro mandato.

No puedo pensar en los *parientes* sin estremecerme. El niño que vosotros educáis según los principios de la educación laica, republicana, democrática, racional, crítica y social, tendrá *parientes* católicos. ¿Le prohibiréis verlos o, por lo menos, hablarles? Vosotros introducís el enemigo en la plaza, y un enemigo que tiene la autoridad de un padre, de la madre, del tío, del hermano mayor y así, no lo olvidéis, toda la autoridad *del hombre que contradice al profesor*. He aquí la unidad moral horriblemente amenazada y expuesta a la ruina. Veo en ella una brecha por donde pasará, como dice Maeterlinck, un rebaño de carneros.

No habría más que un medio de salvar «la unidad moral» y me complazco en recomendaroslo; sería, desde luego, el de prohibir toda libertad de pensamiento, de hablar y de escribir a todo hombre que no sea por lo menos protestante; esto no ofrece duda: «la libertad para el hombre libre»;— sería en seguida prohibir a todo hombre que no sea por lo menos protestante, el tener hijos. De esta manera se procedería por extinción. Los que son católicos o espiritualistas, o monarquistas, o bonapartistas, o republicanos plebiscitarios, o republicanos liberales, sobrevivirían sin duda; como dice el padre de Olivier Twist, no se les puede matar, sin embargo; pero por una parte, no tendrían ningún medio en el mundo de propagar en el país sus detestables doctrinas y, por

otra, no podrían propagar la familia para mantenerla de padres a hijos. Al terminar una generación, se habría conseguido la unidad moral del país. De otro modo, y es preciso que lo sepáis bien y que consideréis atentamente la consecuencia y el remedio que os propongo, con firmeza viril, de otro modo, ella estará siempre por hacerse.

Hay también otra solución. Es la de abandonar la idea eclesiástica, reaccionaria y ridícula de la unidad moral del país y del orden moral en el país y del gobierno de los espíritus por el Ministro de Instrucción Pública considerado como el gran sacerdote Joad. ¿Qué sois vosotros? Una vez más y siempre: vosotros sois un órgano de policía y de defensa. CUANDO SALÍS DE VUESTRAS ATRIBUCIONES, ES DECIR, DE VUESTRAS FUNCIONES NATURALES, SUFICIENTES Y NECESARIAS, NO SÓLO COMETÉIS USURPACIONES, LO QUE NO ES HONRADO, SINO QUE OS VOLVÉIS NECIOS. Creo que ya se vienen apercibiendo de ello. Os volvéis torpes, zurdos, caprichosamente acaparadores, indiscretos, inquisidores, impotentes y cómicamente furiosos de vuestra impotencia. Vuestro oficio es el de mantener el orden material y de defendernos, es decir, el de estar a nuestra cabeza cuando tengamos que ir a defendernos contra el extranjero. No es el de fundar religiones: de esto no entendéis nada. Las religiones no os conciernen. No es el de enseñar: de esto no entendéis nada. La enseñanza no os concierne. Las religiones son asociaciones de fe para difundir y propagar una doctrina religiosa. Los centros de enseñanza son asociaciones del saber y del pensamiento para difundir las luces, los métodos y las doctrinas. Las buenas religiones, no frías y languidecientes, sino vivas y fecundas, son las que existen por las asociaciones libres que las sostienen y que viven en ellas como aquéllas viven en éstas. Las buenas enseñanzas, no timoratas y paralizadas, no «neutras, es decir, nulas», para servirme de las palabras de Julio Simón,

que son casi verdaderas, sino vivas y fecundas y penetrantes, son las que existen y que se ejercen por asociaciones que las han creado, que las sostienen y de las cuales son la expresión.

Eugenio Pelletán ha dicho muy bien esto: «Que se vuelva a Francia el derecho de asociación y se verá centuplicarse su vida intelectual. La asociación hará brotar del suelo universidades libres; una generosa emulación reemplazará por todas partes el régimen uniforme de las inteligencias, y esto no es bastante aún: hay que aplicar a la enseñanza el derecho de asociación. Así pues, que cada uno pueda fundar una escuela, un colegio, una universidad, oponer método a método, perfeccionamiento a perfeccionamiento, bajo su responsabilidad personal y bajo la garantía de la opinión y de los padres de familia.» El ha dicho aún: «PARA HACER QUE RENAZCA COMPLETAMENTE LA PAZ EN LAS ALMAS, LA LIBERTAD DEBE RECONOCER A TODOS LOS CIUDADANOS NO SÓLO EL DERECHO DE REGLAR SOBERANAMENTE SU FE INTERIOR SINO TAMBIÉN, Y SOBRE TODO, EL DE PROFESAR SU CREENCIA EN COMÚN, DE FUNDAR UNA FAMILIA ESPIRITUAL CON LA CUAL COMPARTA O PUEDA COMPARTIR MÁS TARDE LA MISMA CONVICCIÓN, EL DE DIRIGIRSE HOY O MAÑANA, DESDE LO ALTO DE SU IDEA, A LA HUMANIDAD ENTERA, DE DAR ABIERTAMENTE POR LA PALABRA EN COMUNIÓN, SU VERDAD AL ÚLTIMO QUE PASA; PORQUE LA MÁS SANTA AMBICIÓN DEL HOMBRE, SU GLORIA MÁS GRANDE BAJO EL SOL, ES LA DE INFLUIR SOBRE EL HOMBRE PARA EDIFICARLO, PARA MEJORARLO, PARA REGENERARLO, ELEVÁNDOLO EN PIEDAD Y CONOCIMIENTO». El ha dicho también, respondiendo anticipadamente a los que no admiten la libertad del error: «No podría haber libertad para lo verdadero si no la hubiese para lo falso; porque *es precisamente esta alternativa la que constituye la esencia de la libertad*. La verdad no existe sino a condición del error, como no hay virtud

sino a condición de que haya vicio, y la Providencia ha creado al hombre libre precisamente para que escoja entre el uno y la otra y para que tenga el mérito de su preferencia».

El decía también, respondiendo anticipadamente a los que aseguran que, desde el momento en que una ley está votada, ella es sagrada, y que no se puede hablar de tiranía CUANDO SE HABLA DE LA LEY: «¿LA LEY LO HA DICHO TODO CUANDO HA DICHO: YO SOY LA LEY? ¿PERSONIFICA ELLA, POR SÍ MISMA, LA JUSTICIA? ¿NO TIENE QUE LLENAR ALGUNA OTRA CONDICIÓN PARA JUSTIFICAR SU PRETENSIÓN Y PARA ORDENAR LA OBEDIENCIA? ¡PERO SI CADA VEZ QUE LA INJUSTICIA HA QUERIDO TOMAR UN NOMBRE RESPETABLE, HA TOMADO LA FORMA DE LA LEY PARA HERIR A SUS VÍCTIMAS! ¡PERO SI ES CON LA LEY EN LA MANO COMO EL VENCEDOR HA PROSCRITO SIEMPRE AL VENCIDO, Y SI SE TOMARA TAL CÓDIGO DE CIRCUNSTANCIAS, REDACTADO BAJO EL PRETEXTO DE SALUD PÚBLICA, SE HARÍA BROTA DE ÉL LA SANGRE COMO DE UNA ESPONJA!»

El decía además: «Si el despotismo de raza ha desaparecido de la escena, podría haber dejado tras él un bastardo que no quiere otra cosa que recoger su herencia: este bastardo es la salud pública. La salud pública tiene naturalmente por misión salvar al pueblo, salvarlo de todos modos, salvarlo ya sea a nombre de la libertad, ya sea a nombre del orden, poco importa, con tal que lo salve y que él pague convenientemente el mérito de su salvador».

Así hablaba Eugenio Pelletán en su hermoso libro *Los Derechos del hombre*.

Su muy digno hijo, brillante heredero, sostenedor y defensor de las tradiciones paternas, ha tenido el mismo lenguaje, con la misma firmeza y la misma intransigencia: «La libertad consiste en poder abrir escuelas y no en hacerlas retribuir por el presupuesto». (*Justice*, 27 de febrero de 1880). Luego decía: «Si el gobierno, para combatir a los invasores católi-

cos, emplea medios autoritarios en vez de emplear los medios de la libertad, nosotros seremos los primeros en atacarlo sobre este punto». (*Justice*, julio de 1880).—Decía también: «Por nuestra parte combatiéremos con todas nuestras fuerzas, una ley que destruiría, con motivo de las órdenes religiosas, el principio de la Revolución francesa». (*Justice*, 20 de enero de 1880).—Decía también: «HACER SONAR TODOS LOS TAMBORES Y TODAS LAS TROMPETAS COMO PARA UNA INMENSA CRUZADA CONTRA LA TEOCRACIA, Y VENIR A PARAR ¿EN QUÉ? EN UNA NUEVA EDICIÓN DE LAS ORDENANZAS DE CARLOS X, ES UNA PENOSA CAÍDA». (*Justice*, 8 de marzo de 1880).—Decía además: «Creemos que para combatir seriamente a la Iglesia, se necesitan otros medios que los de la autoridad». (*Justice*, 9 de agosto de 1880).—Así han hablado todos los republicanos de principios, mientras no han estado en el poder, dejando de serlo cuando se han hallado en el gobierno, alumbrados por LUCES NUEVAS QUE EL PODER DA SIEMPRE A LOS QUE LO EJERCEN¹ y que, por consiguiente, se me excusará de no conocer en manera alguna.

Los partidarios de la enseñanza del Estado responden con dolor y terror: «Pero dejar la enseñanza del país a la iniciativa privada y colectiva, es dejarla al clero católico, es dejarla a los Jesuitas y a los religiosos». Yo contesto: «Y a los protestantes y a los franc-masones y a los judíos. Es dejarla a todo el mundo, a todos los que quieran enseñar y que tiendan a enseñar, es decir, que tengan convicciones profundas y un ardor de apostolado, y es probable que esto último sea preciso para enseñar con vigor y con fruto.

—Pero aun será preciso organizarse, asociarse: la enseñanza estará siempre en manos de las asociaciones católicas, protestantes, judías, masónicas, etc.

Evidentemente, estará siempre en manos de las asociaciones docentes. ¿Y bien? ¡asociaos! Vosotros no sois ni católicos, ni protestantes, ni judíos, ni masones. Sea. Yo tampoco. Vosotros me sois más bien gratos. Y bien, asociaos para dar una enseñanza que no sea más que enseñanza. Me tomaréis por profesor. Retengo mi parte.

—Pero esta enseñanza, que no es más que enseñanza, es precisamente el Estado quien la da, quien puede darla; quien sólo puede darla, y para esto hemos querido y queremos una enseñanza del Estado, neutra, en medio de todas las enseñanzas confesionales, o más bien cerniéndose por encima de todas las enseñanzas de partido.

—Hay algo de verdad en lo que decís y lo he reconocido en mi artículo sobre Guizot que defendió esta tesis con elocuencia¹; hay algo de verdad en lo que decís; sólo que no es verdad. Es muy verdad en teoría, aunque todavía hubiese mucho que decir de ello; pero en la práctica, bien sabéis que no es verdad del todo; que es verdad durante algún tiempo acaso, que cesa de ser verdad tan pronto como el gobierno se degrada y se corrompe, y un gobierno pronto tiene que degradarse y corromperse. Un gobierno no es neutro entre los partidos, ya que él es un partido; no se cierne por encima de los partidos, ya que es un partido y por consiguiente, forzosamente, desde que se siente amenazado, y un gobierno siempre se siente amenazado, quiere que su cuerpo docente sea para él un ejército, que enseñe, sobre todo, la devoción al gobierno y las ideas del gobierno y las pasiones del gobierno. Él quiere no sólo que su cuerpo docente sea un partido sino que sea el mismo estado mayor del partido del gobierno y dice con el dulce candor

¹ Nosotros también queremos la enseñanza neutra en la escuela privada, que es la única escuela en que tenemos fe. Somos enemigos indomables de la centralización ministerial, completamente establecida en Costa Rica por don Mauro Fernández. Frente a esa centralización, luchamos por la centralización universitaria, no como quien lucha por un ideal, sino como quien ve en ella una ventajosa forma de transición.—E. J. R.

¹ Suena aún en nuestros oídos la gran respuesta con que cerraba frecuentemente las discusiones el «gran *scholar*» costarricense: «Ay, amigo, se ve bien que usted no ha sido nunca Gobierno!»—L. D.

que le es habitual: «Si no me sirve a mí, ¿a quién sirve?» Lo que pasa en el momento en que escribo es una prueba suficiente.

Si el gobierno no quiere que la enseñanza sea dada sino por sus profesores, no es sin duda por darle a su cuerpo docente la libertad de enseñanza que proscribire en otra parte; es para quitarse de una competencia molesta o de una contradicción desagradable y hacer predicar por sus profesores *que estarán forzados a permanecer con él*, el amor del gobierno despótico y el desprecio de los derechos del hombre. La enseñanza estará, pues, siempre penetrada del espíritu de partido, que le darán las asociaciones o que le dará el Estado. Si queréis una enseñanza exenta del espíritu de partido, asociad con gentes exentas de espíritu de partido y creed una enseñanza que se os parezca.

—Pero nosotros no tenemos el instinto de asociación y no sabemos asociarnos.

—¡Ah! ¡nos vemos en este caso! Los países en donde el Estado da la enseñanza, son países en donde una masa muy considerable, que forma la mayoría, pero sin voluntad, sin iniciativa, sin energía, sin ideas netas, languideciente y amorfa, desea vagamente una enseñanza no confesional, imparcial y moderada, no sabe organizarse y asociarse para realizarla y encarga al gobierno de crearla, comprometiéndose a pagarle por ella. Sólo que ocurre que el gobierno, luego que ha creado esta enseñanza, o casi en seguida, hace de ella un *instrumentum regni*, porque los gobiernos tienen una tendencia muy natural a hacer un *instrumentum regni* de todo lo que tienen en las manos; y la masa languideciente y amorfa tiene, precisamente, en lugar de la enseñanza imparcial que deseaba, una enseñanza de partido, muy neta, muy acentuada, algunas veces violenta como él, de los institutores, y justamente todo lo contrario de lo que ella deseaba. ES RARO QUE NO SE TENGA JUSTAMENTE LO CONTRARIO DE LO QUE SE DESEA CUANDO SE DEJA

HACER A OTROS LO QUE DEBEMOS HACER POR NOSOTROS MISMOS.

Así es como en Francia, una parte considerable de la burguesía, a mediados del siglo XVIII, se desprenden del catolicismo, del protestantismo, jansenismo, se vuelven vagamente espiritualistas y deistas y se proclaman filósofos. Nada más legítimo, y nada les faltaba más que una cosa por hacer inmediatamente: asociarse, organizarse para crear una enseñanza «filosófica», una enseñanza que no fuese ni católica, ni protestante, ni jansenista, ni judía. Es lo primero en que un anglosajón hubiera pensado. La burguesía, no. Sus guías Voltaire, Diderot, Rousseau, de acuerdo en este punto, no le recomendaron más que una cosa: persuadir al Gobierno de arrancar la enseñanza a los católicos y dársela a él mismo, persuadir al gobierno de ser «filósofo»; persuadir al gobierno de tener una filosofía de Estado y de crear una enseñanza del Estado para propagarla. Porque ya se sabe que Voltaire, Diderot y Rousseau son los apóstoles de la libertad.

¿Qué sucedió? Que los Jesuitas, los Religiosos y otros fueron despojados de la enseñanza. NAPOLEÓN ESTABLECIÓ UNA ENSEÑANZA DEL ESTADO, Y FRANCIA TUVO UNA LIBERTAD DE MENOS. Ella quedó encantada naturalmente. Sólo que un siglo después, cuando de una parte se suprime la enseñanza libre que se había reconstituido de cualquier manera y cuando se suprime definitivamente la libertad de enseñanza, y cuando, de otra parte, la burguesía se encuentra frente a una Universidad radical y socialista y que será cada vez más radical y socialista, sinceramente primero, y en seguida por complacer al gobierno, del que depende, la burguesía hace algunos gestos y se muestra menos satisfecha que en los tiempos de Napoleón I, de Luis Felipe y de Napoleón III. Ella creía que la enseñanza del Estado sería siempre a su imagen, a su devoción y en su provecho. ¿Por qué estará él en todo esto? Él es quien la gobierna, la protege, la hace adelantar, la

destituye, la paga y la tiene en la mano. Para tener una enseñanza a vuestra imagen, a vuestra devoción y en vuestro provecho, sería preciso que la dierais vosotros mismos.

LA SOLUCIÓN AQUÍ, PUES, COMO EN ASUNTOS RELIGIOSOS, PARA LOS PUEBLOS QUE TIENEN INICIATIVA, QUE NO SE ABANDONAN Y QUE TEMEN LOS DISGUSTOS QUE EL ABANDONO DEJA TRAS SÍ, ESTÁ EN LA LIBERTAD. EL ESTADO NADA TIENE QUE VER EN LAS COSAS DE ENSEÑANZA NI EN LAS COSAS DE RELIGIÓN. SÓLO TIENE QUE SABER SI EN UN COLEGIO SE PRACTICAN LAS REGLAS DE LA HIGIENE, SI ES UN LUGAR DE SECUESTRACIÓN O UN ASILO DE INMORALIDAD. CON ESTAS MIRAS PUEDE ENTRAR ALLÍ COMO EN UNA CASA PARTICULAR, COMO EN MI CASA, COMO EN LA VUESTRA. PASADO ESTO, SU DERECHO SE DETIENE. NO TIENE QUE VER EN LAS COSAS DE ENSEÑANZA, PORQUE ELLAS NO MIRAN A LA POLICÍA NI A LA DEFENSA. NADA TIENE QUE VER EN LAS COSAS DE LA ENSEÑANZA, PORQUE NO ES NI UN PROFESOR, NI UN FILÓSOFO, NI UN PADRE DE FAMILIA.

Nada tiene que ver en las cosas de la enseñanza, porque, cuando interviene en ellas, es lo más frecuentemente torpe y ridículo. Como está nombrado para hacer política, y los hombres que gobiernan no son más que políticos, él no ve en la enseñanza más que política y no hace de ella más que política y todos sus pensamientos sobre esta materia se dirigen a este punto: «¿Mi cuerpo docente me hará ser querido y me preparará los electores?» Es imposible que un gobierno vea en sus funcionarios otra cosa que agentes electorales; no puede, pues, ver en sus profesores sino agentes electorales, y Dios sabe qué profesores pueden ser los profesores que son, que quieran ser, o que se quiere que sean agentes electorales! Obedientes o rebeldes, estarán igualmente ansiosos, angustiados y nerviosos y en manera alguna servirán para su tarea.

Y véase el primer jefe del cuerpo docente que pueda dar tal régimen.

El es algunas veces un hombre excelente; es otras veces, por casualidad, un hombre superior. Pero lo más frecuentemente es algún politiquillo de una pequeña subprefectura el que toma en sus manos los destinos de la enseñanza en un gran país. Es absolutamente incapaz de ver, en las cuestiones de enseñanza, de pedagogía, de alta ciencia y de alta investigación, otra cosa que cuestiones políticas; atiborrará de programas de instrucción cívica, de historia de la Revolución y de moral laica e independiente; multiplicará las cátedras de sociología; jamás su cuerpo docente se ocupará bastante de política, siempre que sea de la política favorable al gobierno. Hará aprender de memoria la *Declaración de los Derechos del hombre* que habrá estudiado poco, pero de la cual habrá oído hablar mucho, y al cabo caerá en la cuenta de que es el más terrible libelo contra el gobierno en que está y contra el régimen que representa, que se haya escrito jamás sobre el planeta, y que tanto valdría hacer a los jóvenes alumnos aprender de memoria los artículos de los diarios de la oposición.

Estará infinitamente molesto en el manejo de sus funcionarios. Los unos, poco favorables al gobierno, harán estrictamente su labor; la harán muy bien, por lo demás; la harán tanto mejor cuanto más sospechosos se crean. Los mirará con horror; pero ¿cómo tocarlos? En primer lugar, no sería justo, pero esto importa poco; luego las familias se disgustarían, lo que, si aun quedara un girón de enseñanza libre en el país, sería bastante grave; lo que si no quedara en el país, en torno de la enseñanza del Estado, más que la enseñanza doméstica, sería más grave aún; lo que, en fin, si está prohibida la enseñanza doméstica, tendrá el inconveniente de desobligar a las gentes que son electores. Es difícil tocar a un excelente profesor que no está en las ideas del gobierno; bien que, si no está en las ideas del gobierno, ¿a quién sirve?

Otros profesores estarán en las ideas

del gobierno, pero lo estarán tal vez demasiado. Ellos se adelantarán, lo que es no tener todavía «el espíritu de consecutencia». Bajo un gobierno anticlerical, pero espiritualista, serán ateos; bajo un gobierno radical, serán socialistas; bajo un gobierno que sea socialista, sin saber lo que esto quiere decir, serán colectivistas, porque ellos sí sabrán lo que hablar de esto quiere decir; bajo un gobierno socialista, serán anarquistas; bajo un gobierno antimilitarista, estarán por la supresión de la patria. Esos son los más molestos. Se les quiere, se les teme, y cumplimentándolos porque se les quiere, se les hiere porque se les teme. Y se sublevan inmediatamente todos ellos ya queriendo reivindicar la libertad del profesor, aunque funcionario, ya acusando al gobierno de tirar sobre sus tropas y de tratarlos como sus más detestables enemigos.

En medio de todo esto, el politiquillo de una pequeña subprefectura está en mala postura y hace una figura triste. No puede ni tratar absolutamente a sus profesores como a sus comisarios de policía, ni habituarse a la idea de que debe tratarlos de otro modo y de que sus profesores no son comisarios de policía espiritual.

En cuanto al cuerpo docente de la enseñanza del Estado, puede ser muy bueno, ya que la materia es honorable y atractiva por sí sola. Sólo que sería mejor, si no fuese cuerpo docente de la enseñanza del Estado. Todo cuerpo docente de la enseñanza de Estado estará infestado de políticos que, todos naturalmente, pensarán en adelantar y que para adelantar no contarán más que con la política y que halagarán al gobierno precisamente en la manía que tendrá siempre de considerar a sus funcionarios, quienes quiera que sean, como servidores no del Estado sino del poder y no como hombres de la confianza del país sino como agentes del ministerio. Es lo que vulgarmente se llama regalarle a uno los oídos. En un país en donde existe la enseñanza del Estado, encuentro, en una calle de la capital,

un profesor, bastante agradable, bastante instruido, que habla bastante bien, breve, de mediano mérito: «Parto.

—Antes de las vacaciones? A donde va Ud?

—A mi casa, a causa de la elección de R...

—Es dentro de quince días. Ud. tendrá siempre tiempo de votar.

—Oh! ¡pero la campaña electoral! R... está muy discutido. Tiene necesidad de que se le ayude».

El iba a ayudarle. Evidentemente se inquietaba mucho más de las elecciones que de sus cursos. Si hubiera pertenecido a la oposición, los informes de su rector hubiesen dicho: «Un poco negligente en su servicio. Casi sólo se ocupa de política». Pero no era de la oposición; quería llegar a ser rector: tengo el placer de comunicar a los lectores que lo es ya.

Inútil es decir que en los países de este género el cuerpo de institutores no puede ser más que un ejército de agentes electorales. Todo les empuja a ello. Su propia pasión; porque ellos son naturalmente, al menos, los rivales del cura, por el solo hecho de que, sin el cura, el institutor sería el hombre más influyente de la comunidad (Queráis mejor que el institutor estuviese subordinado al cura? — De ningún modo! Yo querría que cura e institutor fuesen indiferentes el uno al otro); su educación que es irreligiosa y que en los cerebros que no son de una extrema delicadeza produce naturalmente ideas y tendencias anti-religiosas; la necesidad, en fin y sobre todo, el momento que llega siempre, en que el prefecto, que es su verdadero jefe y el rector de hace poco, le exigen ayudar a R... que está muy discutido. En los países donde existe la enseñanza del Estado, el cuerpo docente tiene sobrada razón de ocuparse más de política que de enseñanza.

—«Tanto mejor!» — dirá un diputado. Los diputados no razonan de otro modo; y cuando son cándidos no hablan de otra suerte.

Supóngase que el cuerpo docente sea la creación y la obra de una o va-

rias asociaciones de ciudadanos libres. Supóngase que, por ejemplo, en Francia la burguesía filosófica hubiera, a fines del siglo XVIII, creado una enseñanza laica, del todo independiente de los Jesuitas, de los Religiosos y de los obispos, lo mismo que del gobierno. El gobierno, que entonces no se mezclaba en lo absoluto en la enseñanza, y ya se sabe que el antiguo régimen era mucho más autoritario que los gobiernos modernos, no habría pensado, en un momento dado, crear en todas sus piezas una enseñanza laica, y nosotros tendríamos en Francia un cuerpo docente laico, poderoso, rival de la enseñanza eclesiástica, lo que estaría bien; pero que no estaría en las manos del gobierno, que no estaría intoxicada de política, que no estaría compuesta de algunos adversarios del gobierno paralizados por la sospecha, de muchos ambiciosos conducidos a hacerse agentes del gobierno para medrar y de una gran mayoría en fin que no perteneciendo a éstos ni a aquéllos, hace negligentemente su tarea, porque sabe que no es el hacerla bien lo que de ordinario conduce a alguna parte; un cuerpo docente en fin, que estaría mantenido por sus fundadores y apoyado en arbitrios y recursos y particularmente en esto en que sus fundadores y sostenedores tendrían lo más: en la práctica escrupulosa de su tarea y el culto desinteresado de la ciencia, de las letras, de la filosofía, de la historia, de las artes, de la verdad y de la belleza. Habría algunos inconvenientes: lo creo, pero de ningún modo los que acabo de señalar, que son los más graves.

—Pero nosotros no tenemos el espíritu de asociación ni el arte de asociarnos.

—Los países donde no existe el espíritu de asociación ni el arte de asociarse son los países en donde nace

muy naturalmente el despotismo y se desarrolla muy naturalmente, como en su terreno.

Y ved en donde lo tenéis. Como no existe en Francia más que la enseñanza del Estado y la enseñanza eclesiástica, cuando se plantea la cuestión de la libertad de enseñanza, tiene el aire de plantearse entre ellas, y en la práctica se plantea entre ellas. Entonces, si por instinto, estáis del lado de la libertad, se os dice: «¿Sois, pues, Jesuita?» y vosotros os decís: «Es sin embargo, verdad que soy Jesuita. Y, no lo dudo». Y se os habrá hecho vacilar en vuestras convicciones liberales por la consideración de aquéllos a quienes ellas aprovechan. Y sentís que no defendéis «los Jesuitas» más que por respeto y amor al principio, pero estáis enfadados de que defender el principio no va ni puede ir por el momento más que a sostener a los Jesuitas. Y estáis en un estado de espíritu muy doloroso y miserable. ¿Por qué? Porque no habéis sabido amar la libertad hasta practicarla y no habéis fundado una enseñanza libre, hecha a vuestra imagen y penetrada de vuestro espíritu. PERMANECED LIBERALES AUN CUANDO EL LIBERALISMO NO APROVECHE MÁS QUE A LAS GENTES QUE NO AMÁIS; PRIMERO, PORQUE EL LIBERALISMO CONSISTE PRECISAMENTE EN RESPETAR EL DERECHO EN LOS ADVERSARIOS; EN SEGUNDA, PORQUE ESTAS GENTES QUE NO AMÁIS REPRESENTAN POR EL MOMENTO EL PRINCIPIO QUE AMÁIS; EN FIN, PORQUE SI DEJÁIS PRESCRIBIR EL PRINCIPIO, PRESCRIBIRÁ EL DERECHO «IMPRESCRIPTIBLE» Y NO RENACERÁ JAMÁS Y NO PODRÉIS JAMÁS INVOCARLO NI PRACTICARLO EN VUESTRO PROVECHO O A VUESTRO GUSTO.

EMILIO FAGUET,

de la Academia Francesa

COMPañEROS.—Si queréis ayudar a la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

La verdad en su lugar

Un diario de Madrid, *La Epoca*, órgano de un partido en desgracia, pretendiendo justificar sus aspiraciones, lanza quejas, censuras y acusaciones en un artículo titulado «La colaboración sórdida», entre las que se hallan las contenidas en este párrafo:

«La devolución de los bienes de Ferrer, el haber dado el Consejo Supremo de Guerra y Marina ese acuerdo, precisamente cuando se acababa de presentar una reclamación formal de indemnización contra aquellos bienes; el dar pretexto a que se diga dentro y fuera de España que se obtuvo un principio de revisión moral de la sentencia; el haber vuelto a la circulación, bajo el amparo y por la voluntad del Poder Público de España, esa obra de propaganda disolvente, esos libros encaminados a anarquizar a la infancia y a la mocedad, aquellas *Aventuras de Nono* y aquel primer *Manuscrito*, breviaríos de antimilitarismo y de disolución, de la cual ni la familia se salva; el haberse vuelto a poner con la garantía del Estado, en manos de las generaciones en formación aquel libro *El niño y el adolescente*, en que Ferrer hace la calurosa apología de la violencia y de la propaganda por el hecho; el haber acogido en esa forma uno de los más vivos anhelos del anarquismo universal, a pesar de lo cual sucumbió el pobre Canalejas ante el odio de un anarquista, ¿no será una muestra sangrienta y espantable de la colaboración sórdida y premiosa de revolucionarios y gobernantes?»

Fijando la atención en la parte que directamente me afecta, como sucesor y continuador de la obra de Ferrer, honrado con tal distinción en hora trágica y solemne, procuraré desvanecer con la verdad los efectos de toda sugestión malévol.

Ante todo, el Consejo Supremo de Guerra y Marina devolvió los bienes de Ferrer, no por colaboración sórdida

y premiosa de revolucionarios y gobernantes, como maliciosamente insinúa *La Epoca*, sino por las razones expuestas en los resultandos y considerandos de su providencia de la Sala de Justicia de 29 de diciembre de 1911 (véase el opúsculo «Ferrer, páginas para la historia», publicado por esta casa editorial, en la que se lee:

«29—Resultando: que no apareciendo en ninguna de las numerosas antedichas causas que hubiera sido parte Ferrer, ni por consiguiente declarado responsable, y constando que en la substanciada contra Timoteo Uson uno de los damnificados solicitó indemnización de los perjuicios sufridos con cargo a los bienes embargados a Ferrer, considerándose a éste como responsable subsidiario en concepto de jefe de la rebelión, solicitud que fué desestimada por decreto auditoriado, fundándolo en que con arreglo al artículo 242 del Código de Justicia Militar la responsabilidad subsidiaria sólo puede exigirse a los jefes de la rebelión a cuyas inmediatas órdenes estuviesen los rebeldes culpables de delitos comunes y en que, además, han de ser desconocidos los autores de dichos delitos...

«69—Considerando: que no habiendo sido penado Ferrer en ninguno de los juicios independientes del que motivó su ejecución, ni habiéndosele, por lo tanto, declarado criminal y civilmente responsable de los delitos a que se refiere el artículo 242 del Código de Justicia Militar, no puede subsistir el embargo trabado en sus bienes al seguirsele la causa por delito de rebelión militar, porque por esto no se le condenó a indemnizar al Estado de los cuantiosos daños y perjuicios que le irrogó ni a las víctimas de la misma, y en los demás procesos a resulta de los cuales quedó existente aquella traba, no se le condenó como directo ni como subsidiario responsable...

»89—Considerando: que la solicitud promovida por don Mariano Foronda no ha debido ser cursada a este Consejo Supremo por no tener estado de derecho para que de ella conozca el mismo, puesto que el compareciente no acreditó su personalidad ni el título en que funda su reclamación, ni el Capitán General interino oyó a su Auditor como procedía, por todo lo cual debe ser devuelta a aquella Autoridad para que acuerde lo que correspondiera, sin perjuicio de que el reclamante, como cuantos se crean asistidos de acción civil contra los bienes de Ferrer, nacida de obligaciones o de culpa, la utilicen ante el Tribunal competente en la forma que proceda».

Respecto a lo del pretexto a que se diga dentro y fuera de España si la providencia del Consejo Supremo significa un principio de revisión moral de la sentencia del Consejo de Guerra, reservando aquí mi opinión públicamente manifestada en ocasiones oportunas, sólo diré que ese concepto sirve para medir la sinceridad política de los que se llaman conservadores, sumisos cuando ganan, demagogos cuando pierden.

Acerca de la obra de propaganda disolvente de los libros de la Casa Editorial, Publicaciones de la Escuela Moderna, expongo que «El Niño y el Adolescente», por lo visto el peor para «La Epoca», es sencillamente un libro dedicado a la higiene de la infancia y de la adolescencia, escrito en francés por un médico de París por encargo directo de Ferrer, traducido del manuscrito, cuyo asunto y objeto se comprenderá por los títulos de sus diez

capítulos, a saber: «El recién nacido». «La evolución de los dientes».—«El segundo año; primeros pasos; primeras palabras».—«Inconvenientes de la educación habitualmente impuesta a los niños».—«Principales condiciones que favorecen el desarrollo del niño». «La Escuela».—«El aprendizaje».—«La transición».—«Los que nacerán de vosotros».—«Cómo se desarrollarán vuestros hijos».

No hay en tal libro calurosa apología de la violencia ni de la propaganda por el hecho escrita por Ferrer, quien en él no tuvo más intervención que la indicada y la correspondiente a su carácter de editor; antes al contrario, en el texto se censura en absoluto la violencia, y en una breve nota editorial escrita por el traductor, se le opone una sencilla consideración de escasa importancia.¹

Finalmente, a cada cual lo suyo: quede el diario conservador con su pasión y su responsabilidad buscando otro pretexto para dar extensión y circulación a sus insinuaciones contra el Consejo Supremo de Guerra y Marina y contra el Gobierno, y déjeme continuar en paz, en uso de mi legítimo derecho y en cumplimiento de ineludible deber, la obra humana y progresiva que Ferrer me encargó desde Montjuich en la última noche de su vida.

Los lectores de los libros publicados por esta Casa editorial, son los que racionalmente pueden juzgar y aceptar o rechazar las ideas que ellos contienen. Los que sin haberlos leído quisieran suprimirlos, sólo logran manifestar su indigno sectarismo y su odio tradicional contra todo lo que representa progreso y libertad.

LORENZO PORTET

La violencia

De "El niño y el adolescente"

La violencia, mala por sí misma, resulta de la desproporción de poder entre dos partes. Cuando disputan dos hombres, el que se siente más débil es el primero que echa mano al cuchillo.

Cuando un desgraciado lanza una bomba demuestra que se siente desarmado, sin fuerza para luchar contra la

¹ Reproducimos a continuación las páginas 170-1-2 del texto en cuestión. ¡Juzgue el lector!—L. D.

coalición de todas las autoridades y desespera de vencer por una acción lenta.

Pero la acción útil es lenta, a causa de que ha de englobar a todos aquellos a quienes interesa y cuya necesidad no llegan a comprender todos al mismo tiempo.

Tolstoi, en una admirable parábola, ha comparado la humanidad a una turba en marcha: no forma una agrupación unida, sino que unos preceden de lejos al grueso de la multitud y caminan más deprisa en diferentes direcciones; son los investigadores, los precursores, que más clarividentes, avanzan, aunque a veces se separan de la buena dirección; detrás, más reflexivos y con paso más lento, otros hombres observan, se aseguran del camino y guían la columna; ésta sigue en general, pero dejando detrás muchos rezagados y desviados.

Esta imagen me parece exactísima. Creo que así lo juzgaréis también, y que servirá para haceros comprender que si los hombres que van a la cabeza de la columna caminan con excesiva rapidez habrán de luchar solos contra los obstáculos que no faltan en el camino, y su débil poder les obligará a usar de la violencia. Desplieguen toda su actividad en estudiar bien el camino e indíquenle cuidadosamente a los que les sigan; exciten la esperanza e inspiren la confianza de todos, y la turba, convertida en agrupación ordenada, caminará casi sin rezagados ni desviados, verá allanarse todos los obstáculos bajo su esfuerzo unánime e irresistible sin necesidad de la menor violencia.

Por sí misma la violencia es un contrasentido en una organización que se atiene únicamente a la libertad; es como un desafío lanzado a la sinceridad de los que manifiestan su respeto a toda individualidad y principalmente a toda existencia; la violencia es

siempre y en todos los casos la más grave infracción que podamos cometer de nuestros principios, la negación de nuestra doctrina.

Debemos reconocer que los que se hacen culpables de violencia han sido impulsados a ella por sensaciones e influencias a que no han podido resistir; nos explicamos los actos violentos como consecuencias morbosas, y los atribuimos, no a los que los han cometido, sino a las causas que les han hecho perder la plenitud de su juicio; pero deploramos siempre que una violencia se cometa, porque siempre engendra otras violencias y afirma la falsa necesidad de autoridad en la preocupación de todos aquellos cuya libertad ansiamos.

Los medios que debéis emplear para que participen en el movimiento emancipador el mayor número de individuos posible son, pues, la palabra, el escrito y sobre todo el ejemplo.

Toda una vida en concordancia con nuestras ideas, sin que ningún acto contradiga nuestras doctrinas, hace más por la educación de los que nos rodean que los más bellos pensamientos expresados con la elocuencia más brillante por un hombre que practica-se lo contrario de sus palabras.

Eso os explicará por qué vemos con admiración muchos de nuestros principios ya expuestos en escritos que cuentan siglos. Apenas han ejercido acción en el mundo, no sólo porque estaba aún poco cultivado para que en él desarrollara la buena semilla, sino también porque muchos de los pretendidos filósofos que le invitaban a cambiar de existencia, se mostraban por su parte poco dispuestos al cambio.

Lo que juzgáis bueno para los otros ha de ser bueno y apreciado como tal por vosotros mismos; mostradlo prácticamente si queréis ser escuchados y creídos.

MIGUEL PETIT

Están al llegar nuevas obras de la Biblioteca Domenech

“Auras Rojas”

Solitario

A la Redacción de RENOVACIÓN.
San José, Costa Rica.

CARLOS DEL BARZO—Lima, XI-1912

Era una noche cálida y suave, una de esas noches primaverales de los trópicos, en que la naturaleza parece renovarse, con un estremecimiento de gérmenes y tallos haciendo que los capullos de las flores se abran, embelleciendo y perfumando con un dulce hábito embriagante y voluptuoso, que hace a la imaginación volar en alas de la fantasía.

Se daba una retreta en el viejo paseo. Las rejas abiertas ofrecían la esplendidez de sus blancas estatuas y el aroma floral de sus jardines.

Allí, Napoleón Sorelo, el soñador ansioso de victorias sobre los hombres y las cosas, el magnificador de ensueños, meditaba. Con los párpados entornados por un misterio nebuloso, bajo la línea serena de sus cejas, dejaba ver un gesto de secreta hostilidad, contra la alegre concurrencia que invadía el paseo, interrumpiendo el delirio juvenil que hacía sus noches de voluptuosidad y ensueño, donde su alma inquieta acariciaba la visión tentadora. Era el recuerdo de la mujer deliciosa que había cruzado en su camino,—aquella tarde, cuando su verbo rebelde explos onaba—como una aparición, llena de encantos, de armonías desconocidas, de sensaciones perversas.

Fué en una plaza apartada, cuando los obreros en huelga se arremolinaban al redor del monumento, desde cuyas gradas, Sorelo, hacía vibrar sus apóstrofes tremendos contra los acaparadores de la riqueza social, haciendo ver a los trabajadores, que son los creadores de un bienestar que no disfrutan, que apareció élla, como un desafío, en medio de la turba andrajosa, reclinada en una victoria que arrastraban hermosos caballos.

Los períodos fogosos de Sorelo hacían brotar como un rugido frenético y salvaje en medio de la tempestad de aplausos. Era que sus palabras penetraban en el fondo de esas almas, convulsionándolas como la tempestad cuando agita las masas enormes del océano.

La curiosidad, un arrebatado de histerismo quizá, la hizo detener el carruaje en medio de la multitud, que se arremolinó, elevándose un gran rumor de gritos e injurias, contra la insolente burguesa que, pálida, temblorosa, ante tantos ojos chispeantes y amenazadores, dirigió sus miradas implorantes hacia el orador.

Sorelo, halagado por la presencia de la

hermosa mujer y, convencido de poderla salvar del peligro inminente que corría, extendió las manos hacia la multitud y ordenó enfáticamente:

— ¡Deteneos! Bueno es que los burgueses arrastren su soberbia y el oro, que detentan inicua mente, y, vengan a oír los gritos de nuestros rencores, avivados por los recuerdos sangrientos que los mártires del pueblo nos legaron!

Una salva de aplausos confirmó que la situación estaba dominada.

Y, Sorelo, creciendo a ese triunfo de su palabra siempre fácil, siguió su discurso, con voz dulce y vibrante, violento a veces, lleno de amarga ternura otras, pero siempre elocuente.

Al descender de las gradas del monumento entre los aplausos delirantes de la multitud, la hermosa burguesa tenía las mejillas inundadas de lágrimas. Hizo llamar con su cochero al orador, y, después de felicitarlo ante el estupor de los trabajadores, le entregó su bolsón lleno de libras.

— Esto, señor, para el fondo de la huelga.

Sorelo se dirigió a la multitud mostrándoles el dinero:

— La señora, en un grito de su alma a la fraternidad y la concordia, da este dinero para la huelga; prueba con este arranque de su sentimentalidad que la materia que forma a proletarios y burgueses es idéntica, y que así como la muerte los iguala a todos, también debe igualarnos en la vida la fraternidad y la armonía.

Entregó el dinero al tesorero de la huelga entre los aplausos de la multitud.

Ella, estrechando su mano, al despedirse, le puso una tarjeta con su dirección y le dijo mirándolo con la inmensa dulzura de sus bellos ojos:

— Hasta mañana; lo espero a las dos.

Y fué allí en el elegante paseo que muestra la ringleras de sus chalets suntuosos, divididos por la amplia avenida que corta en dos el alineado jardínillo de exóticos follajes en cuyo centro se eleva la estatua del afortunado navegante que tropezara con un mundo en el viaje de visión y de aventura, donde dirigió sus pasos el agitador, lleno de emoción, curiosidad y angustia.

Era un hermoso chalet que elevaba al cielo dos torrecillas minúsculas y alegres y mostraba a la avenida sus grandes ventanales, detrás de los que se veían cortinas elegantes; una entrada con rejas que mostraba el jardínillo, que esparcía por la suntuosa residencia la frescura y el perfume de sus jazmines y claveles...

Y fué allí, dentro, en medio de los grandes cortinajes de seda color topacio, replegados, sobre el vivo fondo esmeralda del empapelado; en medio de los artísticos jarrones japoneses, que se confundían con las ninfas de terracota erguidas sobre ricos tapices, airadas y risueñas, sosteniendo minúsculas bombillas eléctricas y pequeños maceteros de plantas raras; sobre esos muebles de rica tapicería rubí, que encontró reclinada a la bella mujer; suelta la rubia cabellera, envuelta en una bata celeste, recargada de albas blondas en las mangas, por las que sus brazos desnudos mostraban la exquisita delicadeza, de la graciosa línea, de la pálida y aterciopelada carne.

Ante ella, ante el cuadro de opulencia que la rodeaba, se encontró ridículo y pequeño; pero bastó la sonrisa protectora de la bella mujer, para animarse; y al estrecharle la mano tibia y perfumada, sumergió sus ojos llenos de rebeldía dominadora en los de ella.

Y allí, apoyado sobre los almohadones, con el rostro transformado por la exaltación del pensamiento, y los ojos perdidos en una indefinida lontananza, habló de sus sueños, de sus esperanzas, ante la mujer admirada.

Y, convencido de la sugestión de su palabra, del atractivo artístico o sexual que tenía para esa hermosa señora, se inclinó sobre ella con ademán lento y voluptuoso:

—¿Y su nombre?

—Rosa de...

—Rosa. Y clavó en ella su ardiente mirada mientras corría tumultuosa la sangre por sus venas. Y posó sus labios sobre los suyos; besó y fué besado; los brazos se entrelazaron, y ella reclinó la cabeza sobre su hombro. Fué una hora que les pareció un instante. Ella se desprendió de sus brazos, tocó un botón de la pared y la luz inundó la amplia sala. Sorelo se sintió estremecido ante la suntuosidad y brillo que lo rodeaba.

—¿Por qué esto, Rosa?— exclamó triste.

—Porque va a llegar mi esposo. Hasta mañana.

Fué en la tercera visita, cuando los últimos fulgores del crepúsculo apenas penetraban a través de los pesados cortinajes, y las sombras iban uniformando gradualmente, las colgaduras, los muebles y los rincones... Sorelo la abrazó, la atrajo, embriagándola con la caricia de sus labios... y la poseyó en un instante de excitación suprema... en un arrebató sexual frenético...

* * *

Sorelo, atraído por los encantos de Rosa, la rubia hermosa y seductora, tan múltiple, compleja y refinada, gozaba inmensamente al robarle amor y caricias a un rico, a un extinguido por exceso de civilización, de refinamientos y de molición. No sabía si era amado, pero se sentía poseído por esta mujer. Ella llenaba su pensamiento. Ella le hizo olvidar su misión de agitador, y a los

obreros, que fueron motivo de sus relaciones.

La casualidad lo puso en presencia de uno de sus compañeros de lucha, y sufrió la acusación, de haber abandonado a los trabajadores, porque era el causante de que hubieran cedido faltos del fuego de su palabra, que les comunicaba aliento y firmeza. Y Sorelo rompió los diques que hasta entonces habían contenido su sinceridad:

—No me culpes a mí del fracaso de los trabajadores. Me ha repugnado continuar de agitador de inconscientes; ser parte en esa lucha de apetitos y pasiones; en esa exposición de llagas, de quejas angustiosas, que son demostración de debilidad y cobardía... Y, como no concibo ese revolucionarismo hecho de lamentaciones, y no me debo a nada ni a nadie, no quiero llevar más mi palabra a ese rebaño de estrujados, que sólo saben de sus necesidades y gritan por satisfacerlas, reduciendo la social revolución a una lucha de vientres; es que no son sino eso, dándoles el mendrugo acallarán sus blasfemias y sus gritos. ¿Cómo alentar una revolución que sería una dictadura obrera, que aniquilaría a los explotadores de hoy haciendo del mundo una merienda de caníbales? Me he convencido de que con la labor de encono no pueden surgir sino criminales. Sí, querido Díaz: las aspiraciones generosas, los nobles ideales los corrompe la vulgaridad y la miseria los envenena.

—¿Y qué quieres?—replicó Díaz. No comprendes que el hambre es lo único que tiene que enconar al pueblo? No ignoras tú, que la revolución francesa desgarró las sombras mostrando radiantes claridades que generaron esperanzas. Pero esas claridades se extinguieron y el pueblo cayó nuevamente en las tinieblas. Un nuevo yugo reemplazó al antiguo y el feudalismo industrial apresó a las masas... El siervo se convirtió en obrero, y el hambre que le atenaceó cuando se doblaba sobre la gleba le martiriza hoy igualmente que se inclina sobre la máquina... ¡El hambre es el motor, Sorelo!

—¡El hambre! ¡siempre el hambre! Yo te repito, que una revolución que sólo sea para satisfacer hambrientos, me es repulsiva.

Aquí, donde actuamos, otra es nuestra misión: formar hombres, no hacer furias. Y más que todo ser lógicos, quitarnos la venda que el entusiasmo delirante pone a nuestros ojos ávidos de horizontes esplendentes. Cómo hablar de emancipación y libertad aquí, en esta república donde la mayoría no ha comprendido, no ha llegado a sentir ni los beneficios ni las desilusiones de la democracia; donde sobre cuatro millones de habitantes, tres millones son de esa raza degenerada y abyecta, de esos indios infelices cuya vida es inferior a la de las bestias. Masas sin ideales y sin aspiraciones, que no oyen más voz que la del cura, ni obedecen a otro mandato que al que trasmite sobre sus frentes, el látigo denigrante de sus gamona-

les. Y, lejos de tender la mirada a esa porción, de ir en pos del equilibrio entre esos seres y el mestizaje levantisco de la costa, quieres alborotar a estas turbas semi-alfabetas de por aquí, que ven con indiferencia inhumana la esclavitud de esa raza desventurada? Allí tienes la verdadera labor; aconsejala y entonces habla de justicia y fraternidad! Pero no me hables de ese pueblo, que en su egoísmo, olvida a sus hermanos esclavos! A ese pueblo, yo no quiero descender. Nunca he sentido el menor afecto por esa almagama de bajezas y vilezas, ni aún cuando me mezclé entre él entusiasmado, creyéndolo sincero en el fermento de innumerables energías, y en el cual sólo encontré el choque de las más bajas pasiones.

Antes, todo se hacía en nombre de Dios, ahora todo es en nombre del Pueblo. ¿Cuál es ese pueblo? ¿Acaso ese rebaño con pastores, pasto de todas las ambiciones, esa turba que aplaude en el alargamiento informe de manos descarnadas? ¡Ya no quiero manos que me aplaudan; no quiero manos que se eleven hacia mí! No. ¡No quiero hundirme en esos oleajes de conformidad culpable!

Yo no puedo sentir piedad, ese sentimiento enfermizo de los cobardes, por ese pueblo que es explotado, que soporta esa explotación por cobardía y por servilismo, alentando el cinismo, la audacia de sus explotadores. Yo luché y luchó por la libertad y por la belleza, pero no en nombre del pueblo, de esa gran abstracción, de esa gran quimera: de ese monstruo hecho solo de egoísmos, donde fermenta la fiera humana en los fangos de una espantosa podredumbre moral.

La evidencia de sus aserciones relampagueó sobre la tristeza de su renuncia aparente. Sentía mortificante en su corazón el reproche, en ese corazón que palpitaba emocionado por una enemiga deliciosa; y, no se atrevía a levantar la mirada hacia el rostro del compañero, temeroso de que fuese a leer en sus ojos su amor, ese amor culpable, que había nacido en su carne y ya invadía su espíritu, como una esperanza preñada de peligros.

Sintiendo la necesidad imperiosa de vencer esa impaciencia del espíritu, que podía delatarlo, continuó con firmeza:

—Sí, querido Díaz, ¿por qué coger a la multitud y parapetarnos tras ella? Si palpita en nosotros el fuego de un ideal, si el conjunto de nuestras visiones tiene una amplia vida injuriante, llena de amores, de libertades, de voluptuosidades infinitas. ¿Por qué no hacemos de ese anhelo triunfador el objetivo de nuestras luchas? ¿A qué confundir nuestras esperanzas y dolores con los de ellos?... ¿por qué hacernos los necesarios?... ¡Ah! predicadores de libertad entre multitudes obreras, para ser después su negación y su ruina. ¡Yo no concibo traiciones a la libertad; sufrir impasible las carcajadas estúpidas de los imbéciles; las sentencias absur-

das de esas turbas de fanáticos rabiosos, de sectarismos delincuentes; de ese conglomerado de hombres estrechos y mezquinos, encastillados en una idea; que van como un rebaño, dañándose y sacrificándolo todo, hasta la libertad y la justicia que dicen proclamar... ¿Qué se hace junto a ese atajo, en medio de esa prostración bastarda de almas en plegaria? Son esos desertores de la bajeza, esas obtusas mentalidades los que han comprendido la grandiosidad del ideal? No! Esos apetitos insanos, esos odios morbosos, esas impotencias venenosas, solo han llevado su contingente de odios estrechos, de riñas menudas... Nostálgicos del bien ajeno, bastardos del dicterio; hacen labor de desbarajuste y encanallamiento, porque son los rencores blasfemantes oscureciendo las purezas del Ideal...

Díaz no pudo disimular un movimiento de impaciencia, después de haber oído pesados la oración atropellada y extraña de Sorelo.

—Parece que quisieras olvidar que la organización social es injusta y cruel. Que los pueblos locos de furor patriótico se lanzaran a su mutuo despedazamiento en lugar de solidarizar para destruir la explotación y las fronteras, la antítesis trágica de la vida, y preparar el gran cataclismo social que barra con todas las injusticias y las iniquidades. Convengo en los defectos de los hombres; ¿pero porque estos son malos hemos de negar nuestro concurso a los pobres, a los débiles y a los oprimidos; a esa miserable multitud que la clase dominadora, para afianzar su férreo yugo, le ha atrofiado la inteligencia, transmitiéndole el error a través de las edades? ¿Por qué condenar a esa clase agotada por el esfuerzo, pero que es susceptible aún de sentir, amar y obrar? ¿Acaso porque las relaciones entre los hombres son criminales y falsas en el cenagal de esta envenenada civilización, no pueden sentir el vigor supremo para fundar una era nueva?... Los gérmenes que llevamos en nosotros ¿quién los conoce?

Sorelo sonrió amargamente tendiéndole la mano, para romper una discusión que le molestaba:

—No olvides—le dijo—que el hombre es una bestia feroz, que no sabe sino despedazarse en luchas estériles, egoístas, tontas... criminales...

—Descuida, Sorelo: ya me acordaré, cuando en lechos muelles, entre brazos perfumados, deje de ser feroz... y me torne... un león domesticado por la sensualidad.

Sorelo ante la alusión hiriente, sintió que la sangre se difundía en sus mejillas, que golpeaba su cabeza con impulso de tremenda indignación. Miró fijamente a Díaz, que bajó los ojos confundido; y separándose se mezclaron entre el vaivén incesante de la multitud alegre y bulliciosa.

La banda acometía los últimos compases del «Encanto de un vals» y la música senti-

mental, dulcemente voluptuosa de Straus, esparciendo sus armonías, en el ambiente que aromatizaban las violetas, amapolas y alelíes de los jardines, exaltaba el erotismo tropical de la alegre concurrencia.

* * *

La pálida sala del teatro deslumbraba. En medio del blanco resplandor de los focos eléctricos, bocas frescas, rojas, sensuales, esparcían la viveza de las sonrisas; en los ojos tentadores llenos de visiones y picardías, centelleaban las miradas; sobre las blancas carnes, pecadoras y opulentas, que mostraban los descotes, los diamantes esparcían las llamaradas de sus facetas; produciendo todo ese conjunto de belleza, de grandeza y sensualidad una sobreexcitación en los espíritus, como consecuencia del magnetismo de los cuerpos.

El célebre concierto, había congregado a la alta sociedad, a todos los hastiados de ocio y de placeres, a aquellos que ven sus nombres en las «Notas Sociales» de los grandes diarios, al reseñar las carreras de caballos, las funciones teatrales, los bailes y los banquetes. Sociedad abigarrada donde se codea la gente de limpia alcurnia del porquero marqués, con condes postizos e improvisados rentistas, logreros enriquecidos en la caja fiscal, en las horas tempestuosas del motín, los peculados y las desmembraciones; unión heterogénea y escéptica de gente corrompida y virtuosa, sedienta de todos los goces, dominada de todos los deseos, a quienes la fortuna y el lujo, convierte en la sociedad *en boga*, y el servilismo reporteril en la *élite*, en la cual reside el talento, la belleza y el buen gusto...

En medio de ese ambiente de luz y de elegancia estaba Sorelo, por satisfacer un deseo de la tiránica Rosa.

Comenzó el concierto. Un soplo viril, como choque de opuestos sentimientos domina en la sinfonía de Schubert, que la orquesta ejecutaba. El ambiente parecía seráfico por la espectación inmóvil y ansiosa del auditorio, preso en la atracción armónica del «Allegro moderato» de la sinfonía que derramaba una serena resignación, una resignación consoladora.

Silenció la orquesta dejando en las almas sensibles un dejo de tristeza. Los espectadores de espaldas al escenario dirigieron sus lentes a los palcos, a las butacas y galería llenas de fememil conjunto. Comenzaron las conversaciones, la eterna murmuración que dice de la vida, de los deslices, de los adulterios y los escándalos de ese mundo de la relajación y el boato.

Sorelo pasó su mirada por los palcos en busca de la mujer amada... y la distinguió.

Allí estaba, acompañada del esposo, dulcemente bella, belleza que realizaba más, el vestido de brocado rosa guarnecido de guirnaldas de oro y perlas. La languidez de sus ojos medio cerrados, sus labios de carmín

entreabiertos como una promesa y los adornos de oro mate y pedrería que dividían sus rubios cabellos, imprimían en su fisonomía un sello de distinción deslumbradora y melancólica. Sorelo se estremeció. Lo había reconocido ella. Su fisonomía se animó... y le dirigió los lentes y sus sonrisas.

Las murmuraciones seguían en torno de Sorelo. Prestó atención a ellas.

—Dígame Javier, ¿esa hermosa rubia que acompaña al hombre gordo, en el cuarto palco que dirige sus anteojos por este lado?

—¡Ah! Rosa... Casó con ese hacendado rícachón y toscó, enamorada locamente... de su dinero. Es una adorable coqueta.

—¿Será una fácil conquista! ¿Es su amiga?

—No sólo es mi amiga: fui su víctima. Era su enamorado cuando me dió en las narices con ese estafermo... y se casó... Pero Josecito Guart me vengó rápidamente. Tu vieron varios meses de amoríos, hasta que rompieron no sé por qué... Después de algún tiempo ocupó la plaza Jorge Bant.

—¡Jorge Bant!

—¿Qué le sorprende? Jorge es hermoso, rico, de ingenio, mozo de brillante porvenir, cuenta con vehementes simpatías en los salones donde su fortuna le da acceso; es el burlador de todo los maridos... y no hay dama que le resista.

En ese momento un joven muy elegante hacía su aparición en el palco de Rosa.

—¡Fíjese! Jorge acaba de entrar en el palco.

—Sorelo, entristecido; se dejó caer en su butaca. Comenzaba el prelude de «Las rosas de Jamaica» de Valle Riestra, y el fugado que se desarrolla en una indecisa tonalidad de sentimiento y tragedia, brotaba de la profundidad de la orquesta diciendo de modo absoluto el dolor arrancado al movimiento de la ficción sagrada, transportado en una revelación de inspiración y sencillez...

Sorelo, cerró los ojos dominado por el sentimiento trágico de la concepción, que hizo inmensa su angustia, como si fuera presa de éxtasis doloroso en brazos de la amada, sobre un lecho de voluptuosidad y de muerte.

* * *

Napoléon Sorelo, no era un escéptico; sus negativas y retraimientos de las luchas obreras, eran fruto de la reflexión, modelada a fuerza de reveses, no de los arrebatos de su amor clandestino.

El, como vocero de todas las reivindicaciones, fué a las multitudes, creyendo tornarlas conscientes y amenazadoras; lleno de alborozos juveniles, de firmezas generadoras de vitalidades. Y tornó contagiado. Las lágrimas de los dolientes empaparon sus vestiduras, y la piedad como un rezago de enfermizo cristianismo dominó su alma, en esos rincones infectos donde el dolor prelude su extraña sinfonía, donde la miseria teje su malla de abyección y servilismo. Y

con su bagaje de ensueños entonó con todos los vencidos de la vida las notas lúgubres del sufrimiento. Y besó las enmarañadas melenas de los niños anémicos, los labios descoloridos de las rameras, las frentes rugosas de la ancianidad mendicante. Creyó con sus palabras de ensueño y de esperanza, llevar el bálsamo de la consolación a toda esa carne doliente de fábricas y prostíbulos, de cárceles y hospitales... Los llamó sus buenos hermanos, sus doloridos hermanos...

Y arrastrando esos andrajos, esos lúgubres desperdicios del trabajo y la iniquidad social, en caravana de agresivo vocerío, los lanzó como conciencias levantadas, olvidando que esos estrujados que sienten frío en las carnes y hambre en sus estómagos, no alimentan más ideal que el mendrugo. Y tomó las palmas que sus frases conquistaron, por explosiones conscientes, cuando llenó de mugres y de hedores las avenidas centrales, poblando el espacio de gritos rencorosos, encajando entre el lujo y la alegría una mancha de harapos y maldiciones.

Ese hábito, de miseria y cobardía contagió su alma haciéndole saborear la amargura de las derrotas, cuando cansado de gritar sus rebeldes anhelos tuvo que replegarse al triste cuartucho frío y desmantelado; tristeza que más de una vez disipó con sus caricias la burguesa amante, ahuyentando con sus besos la sombra pavorosa de los sufrimientos.

Siempre fué un dolor erguido, y la multitud no concibe sino los dolores arrastrados. Supo levantarse y fué culpable. Soportó los denuestos con altivez, y fué proscrito; las lágrimas con que se amasan los dolores anónimos, no tuvieron el contingente de sus lágrimas y fué siempre extraño.

Es que hablaba desde la altura, y las multitudes exigen el cuchicheo de la confianza, la fraternidad de los hedores que rebajan y envilecen.

El dolor es como el agua bautismal de las elevaciones; y él forjó su carácter, señalando el verdadero camino, particularizándolo en un aislamiento que sublevó a los incapaces. Y fué odiado, porque fué temido. Ya que no pudieron calumniar su obra, calumniaron su vida. La ola ensoberbecida de la emulación, ya que no pudo envolverlo y derribarlo, lo chicoteaba indignada como a aquellos promotorios de granito, contra los que en vano estrellan sus furores las olas embravecidas del océano.

Sorelo salió del teatro antes de que terminara el concierto, mortificado y entristecido.

Al atravesar el pasillo de butacas, algo debió notar Rosa en él, que en la mirada angustiada e interrogadora que le dirigió a través de sus largas y temblorosas pestañas, reveló una opresión, acentuada por el temblor nervioso de sus labios.

En la puerta del teatro, Sorelo se detuvo. La excitación de que estaba poseído, le hacía ver distinto el aspecto de las cosas: la plaza desierta y enorme, las farolas inmensas. El viento helado de la noche sacudió sus carnes, haciéndolo estremecer.

Se puso en marcha. Le parecía que todo temblaba y gemía en las calles desiertas.

Y, caminando insensato llegó a la amplia plaza donde los «cines» ostentan la múltiple fulguración de sus letreros; y un ruido de vítores y palmas, lo hizo mirar indignado el lugar del bullicio.

—¡Ah!—dijo—esto es repugnante. Es el frenesí lúbrico de los degenerados que aplauden y babean ante las contorsiones de las mujerzuelas semi-desnudas. Es el mismo público imbécil y sensual; cobarde y cruel! Carne y sangre: he allí el placer de estos cerdos, que palmorean hasta rabiarse al ver las carnes desnudas de las bailarinas, sudosas y fatigadas; carnes melladas en las noches múltiples de orgiásticas promiscuidades. Y estos son los mismos que sienten una fruición salvaje en las corridas de toros y piden delirantes más horrores, mientras el caballo huye espantado, pisoteándose las entrañas, perseguido por el toro; los que espían afiebrados en el «coliseo» el apuñalamiento de los gallos, en informe confusión de plumas y de sangre... ¡Infelices! Ahora dan a sus ojos hartos de horrores, las figuras trepidantes, las convulsiones de la danza de obscena turbulencia, que alternando con las populacheras canciones de juerguistas afónicos, que han ascendido desde las ramadas de los corralones extra-urbanos hasta los escenarios de los teatros, como una manifestación apenante del gusto relajado, en un encanallamiento culpable... ¡Oh! ¡todo prostituido y maleado; todo evidenciando al pueblo que reverenciando absurdos, aplaude barbarismos, porque vive maniatado a todo lo depresivo y lo cruel; falto de los valores superiores que dignificando exaltan a la humanidad!

Y haciendo un gesto, enorme, como el asco que sentía, Sorelo continuó paso a paso.

En la desierta plaza resonaban las risas, los arrebatos, las lujurias que arrancaban las contorsiones lúbricas de las carnes de sollicitación y de pecado...

Y así, andando inconscientemente, se encontró frente al chalet de Rosa.

No se había repuesto de la especie de pánico que le causó el extraño incidente, cuando un carruaje se detuvo ante sus ojos asombrados y... Rosa y su esposo descendieron de él. Paralizado, vió penetrar a la pareja; asomarse ella y mirarlo fijamente a través de los cristales; salir luego al marido, tomar el coche, dar orden al cochero,—al club—y partir...

En el silencio del paseo, parecían flotar músicas infinitas, incomprensibles, extrañas. En la soledad fría y cadenciosa, una apasionada impaciencia dominaba a Sorelo,

cuando vió abrir la reja y aparecer a Rosa radiante de hermosura, que lo llamaba.

—¡Ah, Sorelo!—exclamó, echándose a su cuello y besándolo ardientemente en la oscuridad.—Ven.—Y abrazándolo estrechamente, penetraron a la alcoba tibia y perfumada.

—¿Por qué te retiraste? ¿Te disgustó el concierto? Me impresionó mucho la cara que pusiste al salir. ¿Qué tuviste, Sorelo?...

Temblaba la voz de la mujer. Sus hombros, sus brazos desnudos, el nacimiento de sus senos que se ofrecían como un fruto voluptuoso; el perfume que despedían aquellas carnes apretadas, quemantes, que exhalaban una especie de vapor amoroso, desvanecían y cegaban a Sorelo, que, cerrando los ojos, y hablando como del fondo de su melancolía y su ardor confundidos, respondió:

—Tengo celos... Ese joven que estuvo en el palco... lo que oí...

—¡No! ¡No, Sorelo!—Y besó vorazmente la boca del amado, como para sofocar la malvada fiebre de los celos, estremeciéndose, enroscándose en él como una llama.

—¡Sorelo!—repetía débilmente, con la queja del deseo, retratada en el temblor de su voz, en sus ojos llameantes y extraviados.

—¡Sorelo!—y miraba a los ojos con expresión que pedía... que imploraba... Y... el ansia condujo al ademan sexual... que hizo tocar las carnes ávidamente... locamente... Y, entornó los ojos... inclinó la cabeza... rechinó los dientes... Las bocas se buscaron, se devoraron... en un turbulento ardor... en el delirio...

Tornaron a ser lúcidos, y Sorelo sintió resurgir la insania de sus celos.

—¿Y ese joven?

Rosa lo miró fijamente y dijo con calma: —Sabes que soy casada, que faltó a un hombre al que debía respetar, por ser mi marido, pero al que no me une ningún vínculo, porque lo detesto. Tienes mis labios, mis caricias, lo mejor, lo más positivo ¿qué más necesitas para ser mi amante?

—¡Amor!—respondió Sorelo.—Te quiero toda para mí. No ser uno de tus amantes, sino el único. Quiero saber si viniste a mí para dominar mis rebeldías, como un objeto raro, para estrujarlo con curiosidad, por apetito extraño, o... si me amas... Si me amas, te quiero toda para mí; si no, me marcho; porque ser uno de tus varios amantes me horroriza y me indigna!

Y poniéndose de pie, se dispuso a marchar.

Rosa le tendió los brazos, angustiada.

—¡Sorelo!

—¡Déjame! Me marcho!

—Espera. Escúchame. Voy a hablarte con sinceridad. Te amo. No te busqué como un objeto raro, no he pensado ultrajarte. Pero quizá el amor que tu sientes por mí no sea el que tú me inspiras...

—Explícate entonces—interrumpió Sorelo.

—Yo no soy una relajada que se hastía, porque no he amado aún, ni he gozado. Me casé por interés con un hombre rico al que no quise antes y detesto ahora. Después... tuve un desliz... que fué una decepción; y ese joven que te ha preocupado... lo fué también. En ellos, fuera de la sensualidad no encontré sino decepciones que acentuaron mi indiferencia y mi insensibilidad.

Hizo una pausa; se estrechó más a él, lo envolvió con sus brazos desnudos, con su aliento perfumado.

Sorelo se sentía circundado por la mujer; respiraba aquel aliento voluptuoso que lo envolvía en una inefable dulzura, en un ardor embriagante... y a la vez sentía repugnancia de la confesión que escuchaba.

—Cuando te ví—continuó Rosa—por la elocuencia de tus frases, adiviné en tí un impulso sincero, un entusiasmo dominador y sugestivo... Y la curiosidad me atrajo e hizo que te diera la cita, que nos unió tan deliciosamente; porque quise, como una necesidad de mi vanidad femenina, dominar, sujetar en mis débiles brazos de mujer, al orador que con su palabra supo contener esas fieras que forman la multitud... Y... soy tuya... ¿te amaré? Al dormir, al leer, al reír y al llorar pienso en tí... ¿Será esto amor?... ¡Si siempre se amara!... La pasión se acaba... y después, no queda sino el desabrimiento del tiempo que corre... Tú propagas, tú luchas, ¿para qué?... ¡La felicidad universal!... ¡Oh! sería aburrirse silenciosamente... Es como si me dijeran que fuese fiel a mi marido ¿por qué serlo? ¿por qué ser buena? ¿por qué ser mala?... Para qué sirve la virtud, si ha de ser estéril... si virtuosas son también las que comparten el lecho matrimonial con sus confesores... No; no vale la pena todo eso... como seguramente no la vale el amor...

Sorelo, se había desprendido de sus brazos y la miraba silencioso, paralizado, ante esas abstracciones vagas, delatorias de su ánimo enfermo, que hacían en su corazón el efecto de un desgarramiento.

—No te separes, Sorelo; no me huyas—le dijo dulcemente.—¿Te espanta que para mí no valga la pena nada de lo que existe?... Nada ha vibrado dentro de mí nunca... Cuanto he intentado analizar, me ha hecho sonreír...

Y mirándolo fijamente, estremeciéndose, continuó:

—Pero tú, Sorelo, debes valer... porque te deseo... y probablemente, debo amarte, puesto que gozo con tu compañía, vibro con tus caricias... a pesar de que siento... compasión por tí...

—¡Compasión!—dijo Sorelo sublevado.—¡Basta! He sido motivo de curiosidad para tí; un capricho de tu carne, que me la das como una necesidad de tu sensualidad insaciable, de tu histerismo morboso. ¡No la quiero más!...

—¡No, Sorelo! no es así—dijo Rosa dolo-

rida, y se le prendió al cuello, llenándolo de besos ardientes.

—No quiero tus besos; no quiero tu limosna—le gritó rechazándola. Y desprendiéndose de ella salió temblando de indignación.

El viento helado y la menuda garúa le azotaron el rostro en el desierto paseo.

Y, allí quedó paralizado, meditando el desbaratamiento de sus ilusiones, con la cabeza pesada; aturrido, descorazonado por la intolerable banalidad de las cosas. En su inmensa desolación, no veía sino la realidad amarga, esa especie de prostitución que había hecho de su virilidad.

Vió que la pasión triste y sentida que a él lo envolvía, no era en la hermosa rubia, sino la brutalidad del *acto*, el paroxismo del placer, la satisfacción bestial, el ondeamiento perpetuo y brutal de los deseos. Y él, el rebelde indomable, había sido instrumento, motivo de la curiosidad, del capricho, de la sensualidad de esa hermosa desgraciada, de ese espíritu roído por las perversiones de un ambiente de egoísmos, de perspicacias y relajaciones!

Era que la hermosa mujer encerraba en su ser íntimo, una anormalidad ética, una amoralidad nativa.

La tristeza invadió su espíritu sumiéndolo en un anonadamiento torturante y melancólico; como si la luz de su alma palidiese ante el dolor...

* * *

Después de la horrible y dolorosa lidia espiritual, Sorelo se replegó dentro de sí mismo, en una de esas reacciones laboriosas, en las que parece que todas las olvidadas sensaciones, de tristeza y alegría, dieran nuevas fuerzas al ser, comunicándole súbitas intuiciones.

Y, en esa lidia, los recuerdos también despertaban. Era cuando el estómago le gritaba la extraña sinfonía del hambre, el frío mordía sus carnes mal cubiertas, y un estremecimiento de dolor le recordaba las noches amargas del calabozo hediondo y húmedo, donde el furor burgués encerró al enemigo de sus tranquilas digestiones. Y allí, donde vivía refugiado con sus recuerdos, llegaba el vocerío agresivo de los infelices que tejían leyendas sobre su orgullo e infamias sobre su vida; exasperado el espíritu de rebano contra el sublevado de la servidumbre sectaria...

Y, tras la sucesión pavorosa, la dulce remembranza... Rosa... el resplandor de aquellos ojos de cielo... los raros y atrevidos gestos de su alma... las gracias y secretos de su cuerpo armonioso... las horas de pasionales arrebatos, de voluptuosos delirios. Era que en el oscuro abismo de su alma, vivían ocultos en acecho, esperando la hora del desfallecimiento, para aparecer con arrebatos irrefrenables, la llama de la pasión, que revivía brutalmente los aguijones del instinto.

Pero irguiéndose sobre los tímidos amagos, y los vaivenes de su voluntad vacilante, pensó:

Las amarguras han sido un acumulador de mi espíritu. Cada dolor, cada descalabro, ha contribuido a la modelación de mi energía ansiosa de desplegamiento y de acción.

La personalidad es acero forjado en el yunque de las adversidades.

Las decepciones, los esfuerzos estériles son acicates, motivos de intereses, generadores de formas nuevas de acción; formas que son ante el pesimismo siniestro y tenebroso de la época, un himno viril, un himno inmortal y fecundo.

Esas lides prueban, cuánto debe y cuánto puede la voluntad en ese conjunto exasperador y triunfal, en medio de la multitud que explosiona y se arremolina en conjunto maquinal, en ausencia de un solo YO consciente.

Libre, en la soledad, de la tiranía del ambiente, sustraído al medio en que agosté mi personalidad, entre la grotesca colectividad, que, en extraña sugestión me hizo ir al paso trabajos del rebaño; libre también de la pasión carnal extraña y enervadora, al fin veo surgir mi individualidad, fuera del límite de la época exhausta de corajes, resplandeciendo en la Verdad y el Acierto y regulando el equilibrio de mi conducta con nuevos puntos de partida.

Es que, fuera de la acción trastornadora de los egoísmos impacientes, del choque de intereses encontrados, he adquirido el sentimiento de mi insuficiencia, y debo ir anhelante en pos de la supremacía del pensamiento en la conciencia, la disciplina de la energía en la voluntad, haciendo de la eterna aspiración, el justificado ideal, el motor de mis acciones que, armonizando el desenvolvimiento de todas mis energías morales, irradian, iluminando las intensas modalidades de mi espíritu.

Pensó, el soñador pertinaz reivindicar la libertad de en medio de la diversificación de los sentimientos, del caos de la conciencia nacional. E ir con las demás energías morales a remover estas repúblicas que puebla una raza heterogénea, atormentada y dolorosa, pletórica de ensueños voluptuosos y de heroicidades estériles, que hace de sus pueblos amorfos, combustible en las nocturnas borrascas de sus motines sangrientos, donde surgen caudillos ignorantes, que las llevan a la ruina, con la inconciencia criminal de sonámbulos malditos!

Ir, con un bagaje de idealismos—que condensan las ansias del presente, las promesas del porvenir—a despertar las energías incógnitas, para dominar las fuerzas psíquicas, y hacerlas propulsor de la justicia y la fraternidad, provocando esas tempestades que desatan el conflicto entre las voluntades activas, y los que trafican con la ignorancia

en nombre de los mitos que reverencia la estulticia humana.

Barrer a los sembradores de las tristezas y afrentas de la Vida, a los que han hecho de ella una tragedia y un oprobio; desencadenando sobre la tierra la noche horrorosa de la superstición y la servidumbre, oscureciendo la región serena del ensueño, donde de-

ben irradiar las fulguraciones del ideal y las alegrías triunfales de la Vida.

Es que Sorelo sintió con el pensador genial... «la risa del relámpago creador que se engrandece al estampido de la acción».

CARLOS DEL BARZO

(Continuará).

Notas y recibos

De un banquete.—El año pasado celebraron su cincuentenario las dos revistas francesas «Azul» y «Rosada», *Revue Bleue* y *Revue Rose*, que tan a menudo citamos aquí. La azul es política y literaria. La rosada es puramente científica. Oigamos algunas de las palabras de MAURICIO DONNAVY, literato universalmente conocido, y de GABRIEL LIPPMANN, presidente de la Academia de Ciencias, cuyo nombre, célebre ya entonces en la Sorbona, fué popularizado hace 20 años por el descubrimiento de la fotografía de los colores.

Comienza el azul: «Por una de esas intuiciones a que concede tanta importancia la filosofía nueva, sabía bien yo que, sin ser orador, me levantaré espontáneamente esta tarde para responder a vuestro Director». Desarrolla luego los siguientes pensamientos: «El Arte es una representación: nosotros no debemos pensar más que en representar. Y sólo la Ciencia puede juzgar la verdad de las representaciones del Arte» (Flaubert). «El Arte y la Ciencia, largo tiempo separados por esfuerzos divergentes de la inteligencia, deben tender, en adelante, a unirse, si no a confundirse» (Leconte de Lisle). Continúa después así: «A fines del siglo pasado, los sabios proseguían sus investigaciones con métodos tan seguros; las invenciones maravillosas, los descubrimientos magníficos se sucedían con tal generosidad; tantos velos eran descritos, tantos secretos penetrados, que se pudo creer bien, un momento, que la Ciencia iba a revelar el gran secreto, y responder al último por qué y al último cómo. Precisa re-

conocerlo, señores rosados, con todo y haber el microscopio aumentado no sé cuántas veces el tamaño de la célula, la Ciencia permaneció muda ante lo Innominado, lo Inconocible y lo Infinito, y la frágil caña pensante continuó estremeciéndose en el espacio y en la eternidad. Fué sin duda éste el estremecimiento que se sintió a través del simbolismo. El clasicismo había durado siglo y medio, el romanticismo algo más de medio siglo, el naturalismo poco más de un cuarto, y el simbolismo duró unos 10 años: he ahí bastante para que debamos ser modestos nosotros también, los azules».— «Hoy, señores, no es fácil descubrir en la literatura moderna un agrupamiento bien definido, una escuela: todas las escuelas recorridas ejercen su influencia. Vemos así a diversos escritores buscar sus direcciones en el clasicismo, pedirle reglas de composición, razones de disciplina y aun medidas de orden. El verbalismo romántico, la teoría del arte por el arte, la impersonalidad naturalista, la impasibilidad parnasiana son cosas muertas; pero el individualismo, las confesiones, las confidencias reaparecen, sobre todo en los libros de las mujeres, y sabido es el lugar brillante que ellas ocupan en la literatura contemporánea. Ya no pedimos al autor, hombre o mujer, que sea impersonal e impasible, si tiene sensaciones y personalidad. Si su naturaleza, si sus dones le han puesto en el universo y en la sociedad como un instrumento admirablemente sensible, no exigimos que él esté ausente de su obra. Al contrario, queremos, curiosos, conocer cómo

reacciona su sensibilidad al misterio de este universo y a las condiciones de esta sociedad. El instinto, la percepción interior, el sentimiento, recorren sus derechos. Pero esta feliz aparición del sentimiento no impide a la literatura el apropiarse las conquistas del naturalismo, guardando su cuidadoso amor a la verdad, su gusto por la observación exacta y la documentación escrupulosa. Ya no es posible a la literatura ignorar la ciencia y pasar adelante; en el estudio del hombre, tiene que inspirarse de los procedimientos científicos, en cuanto su arte especial lo consiente. Esto aparece claro en todo lo que se relaciona con la biología o la psicofisiología. Y para ser social, lo cual es, si bien se mira, su principal propensión, debe también entenderse con la ciencia. En fin, si por azar algún escritor se mostrara demasiado vanidoso de su facultad de escoger y reunir las palabras, la ciencia vendría a recordarle que el psitacismo nos acecha siempre, que la etimología está llena de sorpresas, que no hay medida común, para las ideas abstractas, entre el lenguaje y el pensamiento, y que si alguien dice, por ejemplo, que la caña pensante se estremera en el espacio y en la eternidad, no hay seguridad de que las palabras espacio y eternidad tengan igual sentido, en el momento en que son pronunciadas, para el que habla y para cada uno de los que escuchan. Esto me invita a no hablar demasiado largamente. Habla después de lo que ha constituido el éxito de las letras francesas en el mundo; señala las «importaciones bárbaras» de los últimos días, que tienden a romper la tradición y a desfigurar el ideal franceses, y termina parodiando brillantemente una expresión que venía a la boca de cuantos estaban presentes, famosos políticos, sabios y literatos: «NUESTRA LITERATURA SERÁ FRANCESA O NO SERÁ».

Habla ahora el rosado (dirigiéndose al director de la *Revista Científica*, Ch. Mouretu, profesor de la Escuela Superior de Farmacia):

«Nos habéis recordado la evolución

de la *Revista Científica*, y cómo, en sus comienzos, y bajo su primer título, se limitó a la reproducción de ciertos cursos de la enseñanza superior. Entonces se tenía, sin duda, la ilusión de poder vulgarizar las ciencias. Una parte del público pedía quizás la promesa de poner la enseñanza superior al alcance de todos los profanos. Pero ya no parecéis, señor, como no lo han parecido vuestros predecesores inmediatos, forjaros ningún engaño acerca de la posibilidad de tamaña empresa. No es casi posible, en efecto, vulgarizar las ciencias. Vuestros colegas azules no han tenido que vérselas con semejante dificultad: nunca se les ha exigido que vulgaricen las letras. Precisa preparación para comprender ciertos problemas y entender la solución. Las investigaciones se han llevado tan lejos que hay que hacer un enorme esfuerzo para mantenerse al tanto aun de la parte que a uno concierne. El mismo Berthelot me decía un día, desesperado: «Es ya imposible mantenerse al corriente de lo que se hace; el espíritu humano acabará por abrumarse a sí mismo». Acceso de desaliento momentáneo y excesivo, me digo: el espíritu humano no alza sino aquello que puede aguantar. Ciertamente, tiene uno que restringir sus ambiciones; cada vez tiene que especializar más; pero en ello está justamente la razón para mirar lo que se hace al lado y lejos del propio campo»... «Felizmente, lo esencial no es saber de todo—ello no es posible—; lo esencial es poder entrever el alcance y el interés de las cuestiones que uno no ha podido estudiar. ¡Peor para el que no quiera interesarse por lo que no sea de su especialidad! Ante todo, digamos que pierde una parte de dicha, *siendo la felicidad*, si creemos a Goethe, *el desarrollo armonioso de todas nuestras facultades*. En seguida, por fuerte que sea un hombre, por justo que sea naturalmente su espíritu, puede estar seguro de que su juicio se encontrará falseado, a veces, por la estrechez artificialmente adquirida y caramente comprada. Más aún: la originalidad

sufre detrimento y la invención se hace más rara, si no sabe uno, de tiempo en tiempo salirse de los rieles, de los rieles de la escuela y de la profesión. No es en el capítulo en que se vive, es en el capítulo de al lado y aun en el de mucho más allá, en donde uno encuentra la ideas más nuevas. La historia de los grandes descubrimientos lo demuestra. Preguntad a los matemáticos: ellos os dirán que los principales impulsos les han venido de la astronomía y de la física. Preguntad a los físicos: os contarán que la físico-química ha nacido de la fisiología, del estudio de la célula vegetal. No me permitiré yo, querido colega, hablaros de química, cuando sios quien mejor ha expuesto lo que ella debe a la física. Las ciencias biológicas, particularmente la medicina, nos darían otros ejemplos de esta misma verdad: cada ciencia es fecundada por las ciencias más distantes».

Resumiendo éstos y los discursos que no hemos podido citar, concluimos: el espléndido banquete de «Las Dos Revistas» ha sido en contra de las orientaciones estrechas y de las afirmaciones presuntuosas, sea en el terreno de las letras, sea en el de las ciencias.

Rectificando, o, mejor dicho, aclarando.—Nuestro ilustrado colaborador ARISTIDES PRATELLE se muestra enojado con el traductor costarricense de sus artículos; pero reconoce que la traducción es buena. ¡Esto era lo principal! Por complacerlo, vamos sin embargo a hacer las «rectificaciones» que nos pide:

I. El nombre de Clemencia Rover (6 veces, págs. 187 y 188) y el nombre de Clemencia Roger (con error de imprenta, 5 veces, págs. 329 a 379) se refieren a una misma persona.

II. En la nota puesta al pie de la pág. 378, lo que el traductor quiso decir, por propia cuenta y riesgo, como lo indica su firma, es que: En las teorías de Clemencia Royer, según la exposición de Pratelle, hay algo de original (pero chocante para el tra-

ductor) y algo que no es ni original ni nuevo (y que le parece muy hermoso al traductor).

III. Quedamos enterados de que Pratelle «encarga a la historia el cuidado de juzgar quién ha estado más cerca de la verdad, de la clarividencia y de la lealtad filosófica», entre el autor de *La Doctrina Racional* y el comentador de RENOVACIÓN.

Respondiendo a un valiente traductor.—I. «Experimentar significa, en física, construirse artificialmente órganos y sentidos, según plan especial y con un fin determinado, y observar el mundo, no ya simplemente con los órganos naturales, sino, más exactamente, con los órganos artificiales agregados». Lo que en el lenguaje corriente se llama *materia* tiene que ser, pues, bastante diverso de lo que el físico designa con la misma palabra. Organos artificiales son, v. gr.: el microscopio, que permite observar corpúsculos de $\frac{1}{3000}$ de milímetro; los termómetros, que hacen apreciar diferencias de temperatura de $\frac{1}{1000}$ de grado, y aún menores; la balanza, que fácilmente da $\frac{1}{10}$ de milígramo; la placa fotográfica y los bolómetros que descubren la luz ahí donde reina absoluta oscuridad para el ojo más sensible y la imaginación más creadora. Y sabido es que el progreso en la construcción de dichos órganos se confunde con el progreso mismo de la ciencia.

II. El artista observa la naturaleza «con sus propios ojos y su propio oído», y descubre por intuición. Le afligen las frías abstracciones del físico; los análisis de la inteligencia impersonal le arredran. El sabio perfecto sería el sabio físico y artista a la vez (¿Claudio Bernard? ¿Berthelot?); pero lo frecuente es que el físico mate al artista (incontables ejemplos) o que el artista mate al físico (caso de Goethe) o que el físico y el artista coexistan, pero muy divorciados (caso del padre A. Secchi y de Pasteur).

III. Para el físico de hace unos 50 años—y en este caso están aún todos los profanos,—nada tan oscuro como la electricidad y el magnetismo. Lo rudimentario de los sentidos artificiales, en esa época, hacía que él no pudiera comprender bien sino las cosas explicables por la misma mecánica de las grandes masas y de las pequeñas velocidades. En todo queríamos encontrar entonces *inercia invariable* y *ondulaciones y vibraciones* de flúidos ponderables o imponderables.—Para el físico de la nueva generación, nada tan claro y mejor establecido que la teoría del electromagnetismo. ¡Y no existe y no puede existir ninguna representación sensible de los fenómenos eléctricos y magnéticos, únicamente observables mediante órganos artificiales tan complicados como los aparatos de las medidas eléctricas!—Para el físico de hoy, la luz no es más que un campo alternativo electromagnético, de frecuencia elevadísima.—Todas nuestras concepciones acerca de la materia se han modificado consiguientemente y la actual teoría física de los átomos no tiene que ver con la filosofía llamada atomística. Hoy consideramos el Universo como constituido por fenómenos producidos en una sola substancia, de una sola naturaleza.

La ciencia es, modestamente, una prolongación rectificadora del sentido común. El sabio de laboratorio, físico, químico o biólogo, sienta como postulado primordial *la realidad del mundo que le rodea*, mundo que él cree accesible a sus investigaciones, en otros términos, inteligible. Como decía Claudio Bernard, para hacer ciencia, precisa ante todo creer en la ciencia. Nuestro sabio, salvo raras excepciones, desconfía de las críticas sutiles de los filósofos, críticas que jamás han conducido a descubrimientos efectivos. No hablamos de los filósofos de las ciencias, que exponen los métodos y resultados generales de éstas, nos referimos a los filósofos de las inextricables dificultades, agitadores de cuestiones sin

solución, sin solución que pueda ser aceptada por todos; nos referimos a aquella filosofía tan bien definida por Jules Tannery cuando habla de las *«inquietudes que cultivamos con el nombre de filosofía»*.

La ciencia no es tampoco la utilitarista que el vulgo se imagina. El verdadero sabio se entrega a investigaciones desinteresadas; las aplicaciones posibles no le preocupan: él sabe bien que la serena rebusca impersonal es la más fecunda fuente de *descubrimientos*. Subrayamos descubrimientos y no decimos «invenciones» para no hablar en lenguaje que nos es antipático, el de los pragmáticos y bergsonistas.

Escribimos esta nota inmediatamente después de la lectura de las últimas publicaciones de EMILIO PICARD. ¡Ojalá se refleje bien en ella el pensamiento del eminente profesor, miembro del Instituto de Francia!

¡Vivir para ver!, decimos pensando en la desorganización de Méjico, por un lado, y, por otro, en el movimiento pro-universitario que en materia de enseñanza ha comenzado a generalizarse en Costa Rica en los últimos años. Leamos este trozo de un número viejo de *La Frensa Libre* (número 6152):

«Estoy demasiado convencido de que la educación de los pueblos debe ser obra de la libertad, para admitir que la influencia del despotismo pueda ser útil en algún caso. Si el recuerdo de las obras de García Moreno en Ecuador, si el ejemplo de la actual prosperidad económica de Méjico bajo la dictadura de Porfirio Díaz, parecen dar la razón a los partidarios del régimen autocrático, so pretexto de asegurar la estabilidad política, que es realmente el más importante factor de progreso, es porque no se calculan las consecuencias lejanas de este método violento y sólo se consideran los resultados inmediatos. La tiranía es una mala escuela para las naciones y debemos anhelar que no se renueve más el doloroso experimento.

»Lo aceptado para el cuadro de la

vida nacional entera es también cierto para el cuadro de cualquiera de las manifestaciones parciales de esta vida. En lo tocante a enseñanza, por ejemplo, Costa Rica tuvo su Porfirio Díaz. A esta hora, todos, o casi todos, pronuncian todavía con respeto su nombre, y no asoma aún algo que anuncie al seguro la delineación, siquiera rudimentaria, de un Poder Docente nacional, paralelo al menos, orgánicamente, a nuestro Poder Judicial».

¡El doloroso experimento de Méjico está en lo mejor! ¡La Universidad de Costa Rica no asoma; pero por todas partes se siente ya el deseo de que asome!

Conclusiones de la comunicación de A. CALMETTE, Director del Instituto Pasteur de Lila, al Congreso de Patología Comparada, reunido en París en octubre de 1912:

1. El contagio bacilar de la tuberculosis se observa solamente en el estado de vida doméstica o de cautiverio y en las agrupaciones sociales compactas.—Orden de sensibilidad: buey, hombre; puerco, perro, gato, caballo, cabro, asno, carnero, conejo, etc.

2. El contagio del hombre por bacilos de origen bovino es en general muy raro, particularmente después de los 16 años de edad.—La tuberculosis humana es casi siempre propagada por el hombre mismo.

Todo hombre puede procurarse los placeres intelectuales y los beneficios materiales de la ciencia. Entre los hombres de genio que han ilustrado el pensamiento humano con el descubrimiento de las grandes leyes de la atracción universal o de la conservación de la energía, los candidatos al doctorado que preparan la tesis acumulando medidas sobre solubilidades o calores de reacción, y los pastores fenicios observando los astros, no hay más que una diferencia de grado.—La ciencia real no admite demarcaciones basadas en la naturaleza de los objetos o fenómenos cuyas leyes busca. Hace

ciencia el físico que estudia la evolución calorífica del radio; hace ciencia la cocinera que determina, reloj en mano, el tiempo necesario para endulcer un huevo, en agua hirviendo, pues así establece una relación numérica, o sea una ley, entre 3 factores de un mismo fenómeno: el *tiempo*, la *temperatura* y la *coagulación* de la clara (o albúmina). Los hombres de buen juicio, los hombres capaces de reflexión hacen ciencia a cada instante, sin sospecharlo, como Jordán hablaba en prosa, sin saberlo. El día en que la enseñanza primaria y la segunda adquirieran una orientación más racional, la ciencia cesará de ser considerada como un artículo de lujo reservado a algunos privilegiados. La generalización del conocimiento de los métodos científicos y de su empleo en todas las circunstancias de la vida abrirá a la humanidad una nueva era de prosperidad.

La utilidad de la ciencia es enorme. Por un lado, nos impide gastar nuestros esfuerzos en pura pérdida, enseñándonos que las leyes naturales son ineludibles. La cocinera que quisiera oponerse al endurecimiento de un huevo dejado en agua hirviendo, perdería su trabajo. Por otro lado, la ciencia nos da el modo de obrar sobre el mundo exterior, creando la industria, fuente de la riqueza. Y día llegará en que también nos permita obrar sobre el mundo moral e intelectual, ayudándonos así a obtener un mayor rendimiento de nuestros esfuerzos combinados.—La creencia en la necesidad de las leyes naturales, es decir, la fe en el *determinismo científico*, deberá ser uno de los fines esenciales de la educación. ¡Si viéramos los servicios que se pueden obtener de una noción tan simple y evidente! Su negación—este es un ejemplo,—es el credo de toda la escuela socialista, de todos los hombres que atribuyen al Gobierno el poder sobrenatural de cambiar el curso de las cosas humanas.

Procuremos ahora comprender bien esta idea, señores pedagogos: lo que importa para la cultura general es la

adquisición del método científico, y esta adquisición puede muy bien lograrse en la enseñanza misma de las letras: No hay, pues, razón para reducir el campo de éstas por agrandar el de las ciencias, ya que, por otra parte, sin letras no puede haber verdadero desarrollo intelectual.—Las pruebas de la superioridad de la enseñanza clásica nos rodean por todos lados.

Condensamos en las líneas que preceden el último trabajo que hemos leído de H. LE CHATELIER, profesor de química en la Sorbona (*La Science*, octubre 1912). Ideas semejantes han desarrollado M. W. Saunders en su discurso de apertura de la Escuela de Minas del Colorado y el director de *Engineering*, reputado como el más notable de los periódicos técnicos del mundo.

Elías de Cyon murió en París, a la edad de 69 años, en noviembre último. Como fisiólogo, alcanzó celebridad por su descubrimiento de los nervios del corazón y sus estudios del oído. Aquí mismo, en esta revista, hemos expuesto sus ideas acerca del sentido del espacio. Como político ruso, recordemos que fué activo protagonista de la alianza franco-rusa. Como filósofo, intentó hacer la metafísica de la ciencia. Con igual vehemencia, rechazaba las dos fórmulas corrientes: «Ciencia, desconfía de la metafísica»; «Metafísica, no debes esperar nada de la ciencia».

La timidez es un defecto, sí, pero tiene su encanto.—Son tantos los que no dudan de nada, ni de sí mismos, son tantos los fanfarrones, que de veras parece lleno de gracia el gesto de quien no se atreve, porque tiene el pudor de sus sentimientos y de los vuestros. PAUL GAULTIER (*Le Temps*; 18 de agosto 1912).

El aseo, la limpieza de la piel y la higiene del tubo digestivo, significan mucho en la lucha contra el cáncer.—Cada día es más raro el cáncer

de la cara en las personas que no temen el uso frecuente del jabón.—Los tumores del tubo digestivo, que representan más del 65 % de los casos de cáncer, son particularmente comunes entre los que ingieren alimentos crudos y sucios. El estiércol de caballo, que regamos en las huertas, es quizá el más poderoso agente de contaminación. «Está bien que bebamos agua pura, pero no comamos estiércol».—La edad de la crisis pigmentaria, cuando asoman las canas, es la peor edad, por lo que al cáncer concierne. La extrema vejez y la infancia son las privilegiadas.

Esto es lo más llano que podemos sacar de la última publicación del profesor BORREL, del Instituto Pasteur de París.

Francia de hoy (*La France d'aujourd'hui*) es el título de la traducción francesa de una obra sensacional de Barret Wendell, de la Universidad de Harvard, quien inició la serie de conferencias anuales de profesores americanos en La Sorbona.—Una línea: «Sin todas las glorias de su glorioso pasado, Francia sería la más pobre y la menor de las naciones. Todas juntas, radiosas o bañadas en sangre, esas glorias crean a Francia la inagotable fuente de nobleza cuya eternidad sentimos bien cuantos hemos podido conocer y, por lo mismo, amar a esta nación.»

H. Giran, profesor de química en la Facultad de Ciencias de Tolosa, ha publicado un cuadro recapitativo de los resultados obtenidos en los exámenes de los estudiantes que principian los estudios superiores de ciencias (años 1910-1911 y 1912) y saca esta conclusión: «los bachilleres más aptos para empezar los estudios universitarios de física, química e historia natural son los más fuertes en latín y en ciencias. Los conocimientos en filosofía parecen de 2ª importancia.»

E. J. R.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con

LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.

Manzana de Anís, Francis Jammes.

El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.

Jacobé, Joaquín Ruyra.

Zalacain el aventurero, Pío Baroja.

Juventud de Principe, W. M. Forster.

Tom Sawyer, detective, Mark Twain.

El amor catedrático, G. Martínez Sierra.

La enjuta, Víctor Catalá.

Dios salve á la Reina!, Allen Upward.

La bella dormía en el bosque..., François de Nion.

Rebeldía, Joaquín Dicenta.

El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.

Casa por alquilar, Carlos Dickens.

Minnie, Andrés Lichtenberger.

El dragón de fuego, Jacinto Benavente.

Boda oficial, R. H. Savage.

Rey en la tumba, Anthony Hope.

Fausto, Ivan Turgueneff.

El silencio, Eduardo Rod.

Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.

Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.

Ernestina, Prudencio Bertrana.

El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.

Las cerezas del cementerio, G. Miró.

El espada Montes, Frank Harris.

La voz de las campanas, C. Dickens.

Nerto, Federico Mistral.

El lunar, Alfredo de Musset.

Ansias de vida, Luis O. Huertos.

El cadaver viviente, León Tolstoi.

Nuestras hermanas, Henri Lavedán.

¿Culpable?, W. Le Queux.

Su Majestad, Henri Lavedán.

El reflujó, R. L. Stevenson.

Maria, Jorge Isaacs.

EN PRENSA

Por la vida, J. Pous y Pagés.

Las Rocas Blancas, Eduardo Rod.

Las dos vidas, Eduardo Marquina.

La puñalada, Marián Vayreda.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

7^o Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

Todas las obras de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en la acreditada **Librería y Papelería ALSINA**